


EL MUSEO LITERARIO,

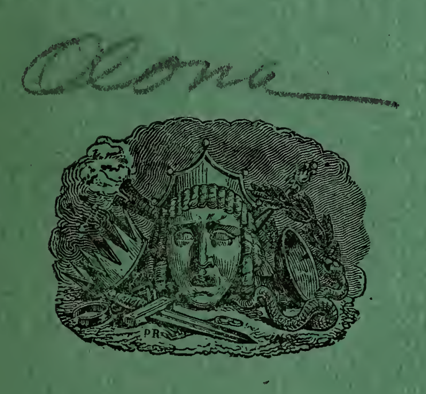
GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

LA CASA DEL DIABLO,

MELODRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA.



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.





PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete	Perez.
Alcoy	V. de Martí é hijos
Algeciras	Joarizti.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Aranjuez	Prado.
Avila	Garces.
Badajoz	Martinez y Rino.
Barcelona	Mayol.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Córdoba	Lozano.
Cuenca	Mariana.
Castellon	Carratalá.
Ciudad-Real	Arellano.
Coruña	Lago.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Chiclana	Julian.
Ecija	Garcia.
Figueras	Conte Lacoste.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez Aranda.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Blasco.
Lugo	Viuda de Pujol y Hermano.
Lorca	Gomez.
Logroño	Verdejo.
Loja	Cano.
Málaga	Cañavatte.
Mataró	Abadal.
Murcia	Herederos de Andrion.
Motril	Ballesteros.
Mondoñedo	Delgado.
Orense	Robles.
Oviedo	Palacio.
Osuna	Montero.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Los Rios y Barrena.
Pontevedra	Aspa.
Puerto de Santa Maria	Gobantes.
Puerto-Rico. (Mayagües)	Mestre y Tomás.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar	Esper.
S. Fernando	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife	Ramirez.
Santander	Basañez.
Santiago	Escribano.
Soria	Perlado.
Segovia	Alonso.
S. Sebastian	Garralda.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Salamanca	Huebra.
Segorbe	Mengor.
Tarragona	Pujol.
Toro	Tejedor.
Toledo	Hernandez.
Teruel	Baquedano.
Tuy	Martinez de la Cruz.
Talavera	Castro (Schez.).
Valencia	Móles.
Valladolid	Hernainz.
Vitoria	Galindo.
Villanueva y Geltrú	Bertran y Creus.
Ubeda	Treviño.
Zamora	Calamita.
Zaragoza	V. Andrés.

LA CASA DEL DIABLO.

LA CASA DEL DIABLO,

MELODRAMA EN CUATRO ACTOS,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JOSÉ DE OLONA.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1858.

PERSONAJES.

ROBERTO GILBERT, 34 años.
MONSIEUR GAUTIER.
PLÁCIDO, artista.
CARLOS, amigo de Roberto.
FREMONT, magistrado.
BERNARD:
SIMON, cajero.
JULIAN, agente de Gautier.
MARTIN, criado.
JORGE, portero del gabinete de Gautier.
JULIA, mujer de Roberto.
LUISA, mujer de Gautier.

La accion es en Paris, y empieza en 1826.

ACTO PRIMERO.

El despacho particular de Mr. Gautier amueblado con lujo. Puerta al fondo: otra á la derecha (1), que conduce á las habitaciones interiores: otra en el tercer bastidor, que se supone dar á una escalera secreta. En el primer término de la izquierda, la puerta de la caja: al lado una ventanita ó verja de madera, con cortinas verdes de seda, igual á las que se ven en casi todas las casas de banca. Cerca de dicha ventana ó verja una gran mesa de despacho: enfrente la chimenea: delante, un camapé y varias sillas.

ESCENA PRIMERA.

La antesala está llena de personas que hablan entre sí con algun calor y con muestras de descontento. Bernard *está á la cabeza.* Jorge *de pie en la puerta. Rumor en el fondo.*

Jor. Mas bajo, señores. Estais interrumpiendo los trabajos del escritorio.

Bern. ¿Y por qué se nos hace esperar aqui horas enteras? ¿Es esto regular?

Jor. Un poco de paciencia.. . Monsieur Gautier no puede tardar.

---

(1) Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

BERN. (*Adelantándose*) ¿Y por qué no está en su bufete? el hombre de negocios no se pertenece, se debe cuerpo y alma á su clientela.

TODOS. (*En el fondo.*) ¡Bien! ¡Bien!

JOR. ¡Silencio, señores! (*Vá á cerrar la puerta.*)

BERN. (*Bajo á Jorge, dándole una moneda.*) Anunciadme el primero, en cuanto llegue.

JOR. Descuidad. (*Cierra. En el mismo momento Gautier y Julian entran por la tercera puerta derecha.*)

ESCENA II.

GAUTIER, JULIAN *y* JORGE. *Gautier cruza el teatro y se sienta en una butaca que hay junto á la mesa. Le dá el sombrero y el baston á Jorge. Un momento de silencio.*

GAUT. (*Vuelve la cabeza, y al ver que Jorge permanece aun en la escena, exclama:*) ¿Y bien?...

JOR. La antesala está llena de gente... Esperan hace mas de una hora...

GAUT. (*Bruscamente.*) ¡Está bien!... ¡Que esperen!

JOR. (*Ap. marchándose.*) Ha perdido en el juego. (*Váse.*)

GAUT. Continúa, Julian. Deciamos...

JUL. (*Acercándose á él.*) Deciamos.... que el negocio de los terrenos toma muy mal aspecto. Nuestros accionistas empiezan á desconfiar... á agitarse...

GAUT. (*Con indiferencia.*) Tanto peor para Decart, nuestro testaferro. Harán que se presente en quiebra... lo encerrarán en Clichy... Pero Decart está pagado generosamente para callar, y no hay miedo de que hable. Nuestros accionistas habrán perdido ese dinero mas.— Ocupémonos de cosas mas sérias.

JUL. Es decir... de vuestros placeres.

GAUT. Justo. Los placeres son para mí la cosa mas séria del mundo, pues que ellos hacen mi dicha. ¡Oh!... ¡si! ¡La fortuna!... ¡el juego! ¡y sobre todo, el amor! (*Levantándose.*) ¿Has podido procurarte las noticias que te tengo pedidas?

JUL. Anoche mismo.

GAUT. (*Con interés.*) Veamos.

JUL. La dama de vuestros pensamientos está casada con

una especie de vagabundo; hombre sombrio... y que no se separa de ella sino muy rara vez. Viven en el muelle, en la isla de San Luis.

GAUT. ¡Ah!... ¡esa mujer!... ¡Si supieras el amor que esa mujer me ha inspirado!...— En la melancolia de sus rasgados ojos, en la poética palidez de su rostro, en el sonido de su voz, hay un encanto... una seduccion!...— ¿Conque dices que vive?...

JUL. ¡Oh! ¡no os aconsejo que vayais á verla! Habita una casucha casi arruinada, á la que han dado el nombre de la *Casa del Diablo*... y se cuentan tales cosas!...

GAUT. (*Riendo.*) ¿La casa del Diablo?—Pero yo necesito sin embargo...

JUL. Dadla una cita, en cualquier sitio... pero no vayais, por Dios, á la isla de San Luis.

GAUT. Sea. Le escribiré... te encargarás de entregarle mi carta, y le llevarás ademas alguna friolera. Ya me conoces, Julian; mientras mas difícil es una empresa, mayor es mi empeño en conseguir el fin.—Toma, ahí tienes un vale de diez mil francos sobre mi caja. Págale á Giraud la cantidad que me ha ganado, y emplea el resto en una joya para mi amada. No te detengas, yo escribiré la carta, mientras Simon te entrega ese dinero... (*Se sienta y escribe. Julian entra por la primera puerta izquierda. Gautier sin dejar de escribir.*) ¡Ah!.. ¿es casada? ¡Pobre víctima!... Pero yo me encargo de poner órden...

JUL. (*Apareciendo por la puerta izquierda.*) Simon se niega á darme los diez mil francos.

GAUT. (*Volviéndose con viveza.*) ¿Eh?

SIM. (*Asomando la cabeza por la verja.*) No es que me niego, monsieur Gautier; no tengo derecho ni poder para negarme... Pero mañana hay que hacer pagos considerables... no estamos aun en disposicion de efectuarlos; y creo que no es este el momento...

GAUT. (*Levantándose.*) ¡Señor Simon!... ¿Ignorais que el cajero de un hombre de negocios es una máquina, que á una palabra dada, debe abrir ó cerrar la caja, como la llave torna á derecha ó izquierda, segun la impulsion que se la dá? ¡No lo olvideis!—Ahora me place deciros que he tomado mis precauciones... y que podeis estar tranquilo.—Abonad ese vale. (*Simon desaparece. A Ju-*

lian en voz baja) ¿Llevastes mi carta á Versalles?

JUL. (*Id.*) Yo mismo la entregué á vuestra esposa.

GAUT. Está bien.

SIM. (*Por la primera puerta izquierda.*) Perdonadme si insisto, monsieur Gautier; pero sin duda habeis olvidado que monsieur Bernard tiene letras pagaderas á voluntad, y que si se presenta á cobrarlas?...

GAUT. ¿Bernard? ¡Oh!... Eso no me inquieta.

SIM. Es que está ahí... en la antesala, y temo...

GAUT. ¡Ah! ¿Esta en la?... Tanto mejor. Voy á hablarle ahora mismo. (*Simon entra en la caja seguido de Julian. Gautier tira del cordon de la campanilla. Jorge aparece.*) ¿Está ahí todavia monsieur Bernard?

JOR. Si, señor.

GAUT. ¿Desde hace mucho?

JOR. Desde hace dos horas... por cierto que no tiene trazas de estar muy contento.

GAUT. (*Ap.*) Se le calmará. (*Alto.*) Dile que entre. (*Jorge sale por el fondo y cierra tras sí*) Demos á estos papeles un cierto aire de desórden... (*Extiende en desórden los papeles que hay sobre la mesa, ordenados antes con esmero.*) Asi. (*Se sienta á la mesa y coge una pluma.*) Que venga ahora cuando quiera.

JOR. (*Anunciando desde el fondo.*) ¡Monsieur Bernard! (*Bernard entra en escena. Jorge se queda en la antesala y cierra la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

GRAUTIER *y* BERNARD.

BERN. ¡Ah! ¡Monsieur Gautier está ya de vuelta!

GAUT. ¿De vuelta? Para eso seria preciso que hubiese salido... y desde anoche á las doce estoy trabajando en mi bufete.

BERN. ¿Vos? ¿Pues dónde estabais cuando yo he venido?

GAUT. Ahí... en la caja.

BERN. (*Sentándose en la butaca que está á la derecha del bufete.*) Despues de todo... ¡qué me importa! No es de eso de lo que vengo á tratar con vos.

GAUT. Hablad.

BERN. Tengo necesidad de los fondos que os he confiado.

GAUT. ¡Calle!... ¡Es chistoso!... Justamente os hemos escrito ayer, suplicandoos que pasaseis á recogerlos.

BERN. (*Algo desconcertado.*) ¿Eh?... Os aseguro que no he recibido...

GAUT. ¡No! ¡Me extraña á fé mia!... Pero en fin, pues que estais aqui, la carta no hace al caso. Deciamos, pues, que venis á recoger vuestros fondos: estan corrientes, caballero. (*Desde su asiento, levantando la cortinilla de la caja.*) Monsieur Simon, tened la bondad de recontar el dinero de monsieur Bernard, lo espera con impaciencia...

BERN. ¡Ohoo!... con impaciencia...

GAUT. Nada de frases, caballero; tengo vivos deseos de terminar con vos.

BERN. ¿Y por qué, amigo mio?

GAUT. Por dos razones. La primera, porque sé que manifestais inquietud respecto al estado de mis negocios.

BERN. Yo...

GAUT. Y os habeis permitido ademas ciertos propósitos, en cuanto á mi conducta, que no quiero, que no debo soportar, mucho menos de vos, á quien he tratado siempre como niño mimado... ¡Cuánto no os he hecho ganar en mis operaciones! (*Consultando su libro.*) En los derribos del castillo de Bolb, diez mil francos...

BERN. Es verdad, pero...

GAUT. En los terrenos de Amiens, veinticinco mil francos...

BERN. En efecto, pero...

GAUT. ¡Y en fin, en los terrenos de Fontenelle, treinta y dos mil francos!

BERN. Sin duda, pero...

GAUT. ¿Pero, qué?

BERN. Esos beneficios... nunca los he cobrado.

GAUT. Porque he ambicionado mas que eso para vos... porque he tratado vuestra fortuna como la mia propia.

BERN. Pero en definitiva...

GAUT. (*Interrumpiéndolo.*) Perdonad, aun no he concluido.

BERN. Cierto: os falta la segunda razon; porque, entre nosotros, lo que es la primera...

GAUT. La primera era una cuestion de dignidad, y por eso la he puesto delante.—La segunda, no es mas que una cuestion de dinero.—Tengo entre manos una operacion asombrosa de carbon de piedra...—Varios buques car-

gados de ese mineral, que se hallan en la costa... y como no se necesita mas que un millon, he preferido tomar ese negocio por mi exclusiva cuenta. No desconocereis que hubiera sido grande candidez en mí asociar un ingrato á la participacion de beneficios considerables y seguros

BERN. ¡Oh!.. sois muy severo por algunas palabras dichas sin mala intencion, y que me arrepiento de haber pronunciado.

GAUT. Es tarde, caballero. (*Levantando de nuevo la cortinilla.*) ¡Mas vivo, monsieur Simon, mas vivo!

BERN. ¡Oh!.. no tengo prisa...

GAUT. Es posible... Pero yo sí la tengo. (*Se levanta y pasa al otro lado. Bernard lo sigue.*)

BERN. Perdonad... habeis hablado de un negocio...

GAUT. ¿Eh? (*Volviéndose á él con cierto aire de prevencion desfavorable.*)

BERN. (*Continuando.*) Para el que se necesita, si no he oido mal...

GAUT. Un millon al contado.

BERN. ¿Y habeis podido hacerlo por vos solo?

GAUT. Os confesaré, bajo la promesa del secreto, (*Gesto de seguridad de Bernad.*) que me veré obligado á buscar, para completar la suma, una centena de miles de francos.

BERN. ¡Cómo! pedir prestado, cuando teneis en vuestro poder doscientos mil francos de mi pertenencia?..

GAUT. Que podeis exigirme cuando mejor se os antoje. Ademas, os lo repito: ese negocio es una mina de oro, y quiero explotarla solo. (*Va á la chimenea; Bernard lo sigue.*)

BERN. ¡Ah!.. ¿es una mina de oro?..

GAUT. Si es que puede darse ese nombre á una operacion que dejará un ochenta por ciento de beneficio.

BERN. ¡Ochenta por ciento de beneficio!!!—¡Mi querido monsieur Gautier!.. Veamos: ¿no habria medio de ingerirme?..

GAUT. Imposible.

BERN. ¿Aunque no sea mas que por ese piquillo de cien mil francos?..

GAUT. No vale la pena... por una cantidad tan corta...

BERN. (*Vivamente.*) Pondré mas si quereis.

GAUT. ¡Ya lo creo! Mientras mas pusierais, mayor seria vuestra ganancia.

BERN. Vamos, Gautier: no se diga que dos antiguos amigos como nosotros... Aceptadme por cien mil francos.

GAUT. ¡No!.. ¡no!

BERN. Pues bien... ¡ea! cincuenta mil.

GAUT. ¡Un hombre que me trata por ahí de pródigo... de!..

BERN. Estaba en un error... Sois un negro para el trabajo, y un San Antonio en vuestras costumbres.

GAUT. Os equivocais; yo gusto de los placeres; pero como alivio á mis rudos ¡trabajos, á mis desvelos, á mi constante afan en favor de los intereses que me estan encomendados.

BERN. Lo sé... lo sé... Conque vamos... ¿aceptais esos cien mil francos?

GAUT. (*Dudando.*) Es que verdaderamente...

BERN. Si los rehusais diré en todas partes que guardais para vos los negocios buenos ..

GAUT. ¡Cómo! Vos no direis tal cosa, caballero.

BERN. Si que lo diré.

GAUT. ¡No!

BERN. ¡Si! ¿Tomais los cien mil francos?

GAUT. Tomo los doscientos mil... por no oiros.

BERN. Os cojo la palabra. Y en prueba de ello... (*Registrándose los bolsillos.*)

GAUT. ¿Qué haceis?

BERN. Ahí van treinta mil francos, que iba á emplear en la renta... (*Saca una cartera.*)

GAUT. Basta, caballero... (*Cogiendo la cartera.*) Estan carbonizados. (*Va á su mesa y escribe.*) ¡Me habeis sorprendido!... pero el hombre honrado no tiene mas que una palabra. Ahí va el recibo. (*Se lo da.*)

BERN. ¡Amigo mio!... (*En el colmo de la alegria.*)

GAUT. Y os perdono de corazon.

BERN. (*Estrechándole la mano con efusion.*) ¡Ah!... ¡Monsieur Gautier!...

GAUT. Adios, adios...

BERN. (*Muy contento y saludándolo.*) ¡Siempre vuestro... siempre!... (*Ap., yéndose y frotándose las manos.*) ¡Bien lo he engatusado! (*Alto, desde la puerta.*) ¡Adios! (*Váse.*)

GAUT. (*Con desden.*) ¿A dos y medio?

BERN. ¡Estaba loco!.. lo confieso... y os intimo á que los carboniceis .. en nombre de...

ESCENA IV.

GAUTIER, *despues* JORGE, *despues* LUISA.

GAUT. ¡Codicioso y estúpido!... ¡Es un bendito!

JOR. La señora acaba de llegar. ¿Debo decir que estais en casa?

GAUT. (*Con viveza.*) ¿Mi mujer?... ¡Sin duda! (*Váse Jorge.*) ¡Atencion! (*Va al fondo. Jorge conduce á Luisa y se retira.*) ¡Luisa!

LUISA. ¡Eduardo! (*Se abrazan.*)

GAUT. ¡Ingrata!... ¡He necesitado escribirte dos cartas para lograr esta dicha!

LUISA. Perdóname.

GAUT. ¿Has venido sola? (*Espera con ansia disimulada la respuesta.*)

LUISA. Si. (*Gautier respira ligeramente.*) ¡Pero si supieras cuánto me ha costado!... Mi madre sorprendió tu primera carta y me prohibió salir de Versalles. Enojada aun contra tí, me ha estado sermoneando por espacio de dos dias para que no viniera á verte; te ha tratado con bastante dureza, recordando á cada momento el dia que cediendo á tus instancias y á los impulsos de mi corazon, firmé aquel documento que puso mi fortuna en tus manos... Como si me importase algo la fortuna, mientras esté segura de poseer tu corazon.

GAUT. ¡Mi buena Luisa!

LUISA. Por último, esta mañana, pretestando que necesitaba hacer varias compras, dispuse mi viaje. Mi madre redobló su insistencia, yo di fuerza á mi voluntad. Tuve sin embargo que ceder á una condicion.

GAUT. (*Con anhelo.*) ¿Cuál?

LUISA. No te irrites contra una pobre madre, cuya sola felicidad en la tierra...

GAUT. (*Interrumpiéndola con ruda impaciencia.*) Habla.

LUISA. Desconfia de tí, Eduardo... perdónala. Me exigió que le entregase todas mis alhajas antes de salir de Versalles, y se disponia á depositarlas en manos de una persona...

GAUT. (*Desconcertado.*) ¡Ah!... ¿Se disponia?... (*Reponiéndose.*) No importa: yo la perdono...

LUISA. (*Gozosa y estrechándole las manos.*) ¡Eduardo!...

GAUT. Tanto mas, cuanto que esta vez la precaucion ha sido completamente inútil. No tengo que pedirte favor alguno de ese género.

LUISA. (*Con alegria.*) ¿De veras? ¿Tus negocios van bien? ¿No necesitas del valor de mis alhajas?

GAUT. Te digo que no. ¿Pero por qué esa pregunta?

LUISA. ¡Oh! Si yo estuviera bien segura...

GAUT. ¿Acaso mi palabra?...

LUISA. ¡Si, si... te creo, te creo! ¡Qué dicha, Dios mio! Ahora puedo revelarte...

GAUT. No comprendo...

LUISA. Escucha. Hace seis meses—ya sabes—el dia que aquel fatal negocio te causó tantas inquietudes, no era dueña de mí. Quise salvarte... ayudarte al menos, y sin que mi madre se enterase, vendí cuantos diamantes poseia.

GAUT. ¡Cómo!... ¿Qué dices? (*Alarmado.*)

LUISA. Déjame concluir. Para que nunca pudiera llegar á descubrirlo, los reemplacé por unas imitaciones enteramente iguales.

GAUT. (*Vivamente, disimulando su ansiedad.*) ¿Pero despues?..

LUISA. ¿Despues? Guardé las imitaciones en su caja y el dinero en mi tocador, á fin de que si un dia tenias de esa suma una necesidad grande, absoluta...

GAUT. (*Con alegria.*) ¡Es posible! (*Con cariño.*) ¿Has hecho eso por mí?

LUISA. ¿Acaso tu dicha no es la mia? ¿Mi fortuna no es acaso la tuya?

GAUT. ¡Eres un ángel! Yo queria justamente pedirte perdon de mis extravios, y prometerte repararlos á fuerza de ternura y de amor. El mal estado de mis negocios, el temor constante de una catástrofe, hizo que, para aturdirme, me lanzara un momento en una vida de desórden. Pero, gracias á Dios, aquellos malos tiempos han pasado, y nos esperan dias de sin igual ventura. Ya verás... ya verás... (*La abraza. Ap.*) ¡Hay cosa mas rara que la mujer!

LUISA. ¡Ah!... ¡Si en este momento pudieras leer en el fondo de mi alma!... Ahora voy á dejarte, bien á pesar mio... pero para volver en seguida.

GAUT. ¿Adónde vas?

LUISA. A casa de Halphen, á recoger mis brillantes... porque

si mi madre llegara á descubrir...

GAUT. ¿Pero... y el dinero?...

LUISA. Lo traigo conmigo: mira. (*Le enseña un paquete de billetes de banco.*)

GAUT. (*Ap. Entre dientes, mirándolo con codicia.*) ¡Hum!...

LUISA. Conque, adios. (*Dá algunos pasos hácia el fondo.*)

GAUT. (*Vivamente.*) Escucha.

LUISA. (*Deteniéndose.*) ¿Qué?

GAUT. No es probable que tu madre descubra nunca...

LUISA. Sin embargo.—Y ademas yo estaré asi mas tranquila. (*Vuelve á dirigirse al fondo.*)

GAUT. ¡Luisa!... (*Luisa se detiene. Breve pausa.*) No se me figura prudente.... —Una cantidad respetable...— porque tus brillantes eran de mucho valor!

LUISA. Monsieur Halphen me dió cincuenta mil francos...

GAUT. ¡Cincuent!!... (*Ap. con codicia.*) Hum!... (*Alto.*) Ven.... acércate. (*Luisa se acerca. Gautier la coge la mano con cariño.*) ¿No comprendes, Luisa, que haces mal en dejar ese capital parado?

LUISA. Ya sabes que no soy interesada.

GAUT. No importa: es una locura... Ese dinero, puesto en un buen negocio...

LUISA. No. Prefiero guardarlo, para el dia en que desgraciadamente tengas una necesidad apremiante... y como en la actualidad no la tienes...

GAUT. ¿Y si tú estuvieses en un error?

LUISA. (*Alarmada.*) ¿Qué dices?

GAUT. ¿Si ese dinero pudiera salvarme?

LUISA. ¡No... es imposible! Me has dicho hace un momento...

GAUT. Te he ocultado la verdad: no queria alarmarte... acaso inútilmente... pues que espero de un momento á otro una cantidad considerable... Pero es tarde, el dinero no llega, mañana es dia festivo, pasado es el último del mes... y si no me traen pronto esa suma... estoy perdido.

LUISA. ¡Oh, Dios mio! ¿Y este dinero te salvaria?

GAUT. Completamente.—Para el 15 cuento con vencimientos á mi favor que son seguros. Escucha: préstame esos billetes, mi buena Luisa, y si me traen el dinero que espero, te los devolveré esta tarde; asi tendré crédito hasta el 15. ¿Quieres?

LUISA. (*Sin excitar.*) Toma, Eduardo mio, si eso puede salvar-

te. (*Le dá el paquete de billetes.*)

GAUT. (*Cogiéndolo con viveza.*) ¡Hum!... (*Pasándoselo á otra mano.*) ¡Eres un angel! (*La abraza.*) Entra... descansa un momento... y si temes que tu madre pueda sospechar algo, vuélvete al instante á Versalles.

LUISA. Hasta luego, Eduardo.—Por Dios, que nadie sepa...

GAUT. ¡Ten confianza en mí... (*La conduce cariñosamente hasta la primara puerta de la derecha. La besa la mano, y en el mismo instante aparece Jorge por la tercera.*)

JOR. Señora: aqui hay una jóven que desea hablaros. Dice que viene de parte de madama Roger.

LUISA. ¡Ah! si:—una doncella que le habia encargado. He admitido otra esta mañana... Pero no importa : decidla que pase. (*Váse Jorge.*)

GAUT. ¿Has despedido á Rosalia?

LUISA. Si. (*Jorge entra seguido de Julia, que no se atreve á moverse del fondo. Saluda tímidamente. Váse Jorge.*)

GGUT. (*Ap. al ver á Julia.*) ¡Gran Dios!

LUISA. (*A Julia.*) Venid... hablaremos de vuestro acomodo. (*Ap.*) ¡Pobre mujer! (*Váse seguida de Julia.*)

ESCENA V.

GAUTIER *solo, despues* JORGE.

¡Ella! ¡Es ella, si!...—La Providencia me protege, está visto, y no habrá obstáculo que no pueda vencer.—¡Servir á otros la que yo quiero ver servida! ¡Oh! ¡no! no sucederá asi. ¡A Dios gracias, estoy en fondos: el dinero me llueve con abundancia!... aunque no con tanta como yo quisiera, y como necesito para cubrir el déficit. ¡Pero ah! Con esto puedo remontar mi crédito... y siempre es tiempo ganado.— Adelante, fortuna!... No me abandones, amor!

JOR. ¿Tendreis inconveniente en recibir á monsieur Gilbert?

GAUT. ¿Monsieur Gilbert? ¿Quién es ese señor?

JOR. No le conozco... es la primera vez que ha venido: pero está ahí desde esta mañana, y no tiene trazas de marcharse tan pronto.

GAUT. Hazlo entrar.

ESCENA VI.

GAUTIER *y* GILBERT.

GILB. (*Entrando á una señal de Jorge.*) ¡En fin!.. (*Saluda y se detiene en el fondo.*)

GAUT. ¿En qué puedo serviros?

GILB. (*Desde el fondo, y tímidamente.*) ¿No os han dicho mi nombre?

GAUT. Si: pero no tengo el honor...

GILB. Acaso mi rostro os haga recordar... (*Baja algunos pasos.*)

GAUT. (*Ap.*) En efecto: esa fisonomia... (*Se detiene de pronto al reparar en el traje raido de Gilbert.*) ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Alto.*)¡No! no caigo...

GILB. Es ya para mí de un desgraciado augurio...—Soy Roberto Gilbert, vuestro antiguo camarada de colegio.

GAUT. ¡Ah!.. (*Ap.*) ¡Muy raido está mi antiguo camarada de colegio!

GILB. (*Viniendo á él con esperanzas.*) Pero no; es imposible que...

GAUT. Esperad... Si... os reconozco, os...

GILB. ¡Oh! tanto mejor; porque entonces recordarás sin duda la amistad...

GAUT. Ciertamente... Pero negocios... de interés y de urgencia me reclaman en este momento... y os ruego que me digais desde luego el objeto...

GILB. (*Un tanto desconcertado, pero sin humillacion.*) El objeto que me trae... caballero... Mi posicion... En una palabra, mi posicion es muy triste.

GAUT. ¡Ah!.. ¡todo no es color de rosa en esta vida!

GILB. ¡Diré mas; me hallo en una horrible situacion!.. ¡He llegado á la última de las miserias!

GAUT. (*Distraido, y ojeando los billetes que le dió Luisa.*) Debo creerlo, pues que vos lo decis: pero temo mucho que tengais en ello una gran parte de culpabilidad... porque á vuestra edad, y con la educacion que habeis recibido ..

GILB. Acaso por lo mismo es hoy mayor mi desgracia. Esa educacion no ha servido sino para despertar en mí deseos y ambiciones irrealizables. El pequeño patrimonio

que me quedaba lo disipé locamente en mis primeros años. Entonces, demasiado tarde ya, me casé.—¡Oh! desde ese dia, no es el valor lo que me ha faltado; pero cuando se necesita ganar diariamente para vivir, todas las carreras se hacen imposibles. Empecé á estudiar sin embargo la medicina: hice progresos rápidos, me distinguia entre todos mis compañeros... Tuve que abandonarla, falto de recursos para pagar los exámenes. Escribí, pinté...

GAUT. Ya eso es algo.

GILB. Pero aunque buen aficionado, no era artista. Las puertas que ví un momento abiertas ante mí, se cerraron bien luego para siempre. Nada me ha quedado por intentar: todo cuanto sabia y podia hacer... otro tanto he hecho. Pero unas veces mi insuficiencia, otras mi mala fortuna, me han privado de mi jornal de cada dia... y en la actualidad me veo sin colocacion, sin dinero, sin crédito.. muy pronto sin asilo...—y he venido, monsieur Gautier, á suplicaros que me empleeis en algo! ¡Oh!.. no creais que elevo mis pretensiones hasta el rango de uno de vuestros dependientes... soy poco diestro ademas en números... Lo que yo os pido para mí, es una de esas plazas de cobradores, de portero de vuestro gabienete... en fin, lo que querais, con tal que pueda llevarle diariamente un pedazo de pan á mi esposa.

GAUT. Veo en efecto que no sois muy afortunado: pero es poco mas ó menos lo que acontece á todos los que estan dotados de una organizacion como la vuestra. Criaturas buenas para todo, propias para nada... y que derrochan mas inteligencia y actividad para lograr una moneda de cinco francos, que la que necesitarian para hacerse una posicion.

GILB. (*Conteniéndose.*) Creí que lo humillante de este paso me haria obtener un poco mas de piedad... Mi peticion es tan modesta, que no podreis rehusarla...

GAUT. ¿Pensais que es tan fácil emplear á un hombre... asi... de la noche á la mañana?... Mi casa está llena de dependientes, y no tengo en la actualidad...

GILB. ¿Es decir que rehusais?...

GAUT. No... no rehuso... absolutamente. Pensaré en vuestro asunto...

GILB. Pero hasta entonces, caballero...

GAUT. ¿No teneis el menor recurso?...

GILB. (*De modo que quede bien impreso en la mente del público.*) Uno solo me quedaba: un pariente, un hermano de mi madre, que habitaba en Bélgica. He necesitado mas de un año para reunir el importe del viaje. Hubiera podido partir en fin... pero supe que mi tio habia dejado el pais hacia algunos años, y despues me ha sido imposible averiguar su paradero. Si dudais de lo que os digo, mirad; hé aqui mi pasaporte, visado para Bélgica.

GAUT. (*Sin mirarlo y con cierto desden.*) ¡Oh!... ¿para qué necesito yo ver vuestro pasaporte visado para Bélgica?...

GILB. (*Casi suplicante y con ansiedad.*) ¿Pero en fin?...

GAUT. En fin, puesto que habeis llegado á ese extremo, volved por aqui un dia de estos, dentro de un mes... poco mas, si quereis. Estamos convenidos: pensaré en vos, descuidad. (*Lo saluda ligeramente y se dirige á la caja. Ap.*) ¡Uno de tantos perezosos y petardistas (*Alto desde la puerta.*) ¡Adios!

GILB. (*Solo.*) «Volved dentro de un mes.» ¿Pero cómo vivir hasta entonces? ¿Dónde ganar un pedazo de pan? ¿No hay para renegar de todo?... ¡de la virtud, de la conciencia!... «¡Volved dentro de un mes!» ¿Para qué? Será inútil. ¡Ese hombre no tiene corazon!—Partamos. (*Va á salir, Julia aparece por la derecha, acompañada de Luisa.*)

LUISA. Os prometo ocuparme de vos, descuidad. Vuestra posicion me ha interesado de manera...

JULIA. ¡En nombre del cielo, señora!... (*Gilbert reconoce la voz y se detiene.*)

LUISA. Os lo prometo. (*Desaparece.*)

ESCENA VII.

GILBERT *y* JULIA.

GILB. (*Ap. desde el fondo.*) ¡Julia! ¿Qué significa?... (*Julia va á salir y encuéntrase con Gilbert.*)

JULIA. ¡Roberto!

GILB. Si .. yo soy. Pero habla: ¿cómo te encuentro aqui?

JULIA. (*Turbada.*) Yo...

GILB. ¿Qué pedias á esa señora? ¿De qué te ofrecia ella ocuparse? Vamos... responde.

JULIA. ¡Oh!... no temas: no te ocultaré la verdad. Despues ed haber buscado inútilmente algun trabajo de costura, y no queriendo serte gravosa por mas tiempo, resolví presentarme á esta señora, que necesitaba... una doncella...

GILB. (*Como herido de un rayo, pero dominándose.*) ¿Eh?... ¡tú!!... ¡tú!... Julia mia!

JULIA. ¡Roberto!... ¿no es preciso ante todo salir de la posicion en que nos vemos? Sé razonable. El nombre te parece duro, lo comprendo; pero no es mas que un nombre. En todas las profesiones hay siempre que obedecer á alguien... Por lo demas, no habré pecado mas que de intencion, pues que madama Gautier no necesita de mí en este momento. Me ha ofrecido pensar en mí... pero ya conocemos nosotros el valor de esas promesas, pobre Roberto!...

GILB. ¡Hasta cuándo no cesará de perseguirme la desgracia!

JULIA ¡Resignacion, Roberto .. resignacion! Tranquilízate. Dios nos abrirá algun camino.

GILB. He perdido la fé.

JULIA. ¿Quién sabe?... la Providencia es buena madre, y no nos abandonará. Vamos... ¿y tú? ¿Cómo es que te hallo aqui?... Hablemos de muchas cosas á la vez y eso nos distraerá.

GILB. (*Dudando*) Yo... he venido... porque... (*Con resolucion.*) Y bien, si, sábelo: he venido á solicitar una plaza de portero... de criado... como iré ahora á ofrecerme de lacayo, si es preciso, pues que nada he podido obtener de mi amigo de infancia: ¡nada! ¡ni siquiera una esperanza, ni una limosna!... (*Casi llorando.*) ¡Ah, mi pobre Julia!... ¡mi pobre Julia!...

JULIA. ¡No desesperes, Roberto! ¡Oh!.. si mi amor pudiera darte todo el valor, toda la esperanza!..

GILB. ¡Tu amor! ¿Crees tú que sin tu amor conservaria la vida? ¡Cuántas veces he pensado con ilusion en la muerte! ¡Cuántas veces he llevado á mis labios ese activo veneno que he guardado en mi miseria, resto de mis experiencias, producto de mis estudios... que de tan poco sirvieron á mi porvenir! ¡Oh! sin tí la vida me seria insoportable... contigo, aun me siento con fuerza para luchar. (*Gautier aparece.*)

ESCENA VIII.

DICHOS y GAUTIER.

GAUT. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Aun estais aquí?

GILB. Perdonad, caballero, me retiro. Ven, Julia. (*Se dirigen al fondo.*)

GAUT. (*Que hasta ahora no habia reparado en Julia. Ap.*) ¡Qué veo! (*Alto.*) ¿Conoceis á esta señora?

GILB. (*Deteniéndose.*) Es mi esposa, caballero. (*Continúa su camino.*)

GAUT. (*Vivamente.*) ¿Vuestra esposa?.. Esperad. (*Gilbert se detiene. Breve pausa.*) Ignoraba que estuvieseis casado.

GILB. Os lo he dicho, sin embargo, hace poco.

GAUT. No lo he oido... ó tal vez habeis olvidado decírmelo... De otro modo, hubiera tomado mas interés por vuestra posicion... porque un hombre solo sale fácilmente de apuros, en tanto que cuando se tiene familia... y luego, estaba distraido, preocupado; un crédito que debia cubrir... Pero felizmente, estoy ya desembarazado de él, y ahora soy todo vuestro, ó mas bien todo tuyo, pues que éramos los inseparables del colegio. Poco á poco he ido recordando... ¿Conque dices que quieres tener un puesto en mi bufete?

GILB. ¡Oh!.. ¡mi ambicion no va tan allá! Un empleo modesto seria nuestra salvacion.

GAUT. Si me lo hubieras dicho desde luego...

GILB. Pero si...

GAUT. Escucha: yo no me ocupo de los detalles de mi casa: vé ahora mismo á entenderte con mi primer dependiente, (*Mostrándole la segunda puerta á la izquierda.*) él sabrá mejor que yo en qué podriamos emplearte. No te detengas, y vuelve á traerme su respuesta.

GILB. ¡Oh! ¡amigo mio!.. ¡si supieras todo el bien!..

GAUT. ¡Bah!.. ¡nada mas natural! ¡Eso lo hace cualquiera! ¡Por un amigo!

GILB. ¿A la izquierda, la segunda puerta, eh?

GAUT. Exactamente. (*Gilbert va á marcharse.*)

JULIA. (*Para hacerle observar que la deja sola.*) ¡Roberto!..

GAUT. ¡Oh! Podeis esperarle aqui.

JULIA. Temeria...

GAUT. (*Apresurándose á terminar la frase.*) ¿Molestarme, quizás? Nada de eso.

GILB. Vuelvo en seguida.

GAUT. Si, si... El portero te indicará...

GILB. ¡Gracias, Gautier, gracias! (*Váse corriendo por la izquierda.*)

GAUT. (*Ap.*) Si ese majadero me hubiera dicho desde luego que era el marido de... (*Alto, ofreciéndole una silla.*) señora... (*Ap. mirándola.*) Nunca he experimentado tanta emocion...

JULIA. (*Turbada.*) Estoy segura que mi presencia os es embarazosa, caballero, y con vuestro permiso... (*Vá á dirigirse al fondo.*)

GAUT. (*Suplicante.*) ¡Oh!.. ¡vos no lo creeis... no, Julia! (*Movimiento de Julia.*) Escuchad: dejemos á un lado frases inútiles. ¡Ya os he dicho que os amo... y cómo os amo!

JULIA. (*Con dignidad.*) En efecto, caballero; y creo haberos contestado que soy una mujer honrada.

GAUT. Pero ahora comprendereis que la salvacion y el porvenir de Roberto estan en mis manos, y que si me rechazais aun...

JULIA. ¡Cómo! ¿Osariais?..

GAUT. ¡Todo! ¡ i... todo, por llegar á poseeros!—No es un amor comun el que me habeis inspirado, una fantasia pasajera... no! Lo que me arrastra á vos... ¡Oh!.. ¡lo sé muy bien... lo siento aqui... es la fatalidad!

JULIA. ¡Caballero!..

GAUT. ¡Y la fatalidad es implacable!

JULIA. ¡Lo sé!.. pero debo repetíroslo: amo á mi marido. ¿Necesitais una razon mas santa? ¡Es desgraciado! Destruid, si quereis, la última esperanza que habeis hecho brillar un instante á nuestra vista; acaso la miseria nos matará á entrambos; pero moriré con él, junto á él, digna de él... y Dios nos reunirá en el cielo, donde hay lugar para todos los que han sufrido... y han sabido sufrir!

GAUT. (*Casi vencido.*) ¡Señora!... (*Con violencia.*) ¡Y bien, no! ¡no puedo!... ¡no será! ¡Todo ó nada! ¡Decidid!

JULIA. Sea, caballero:—¡nada!

GAUT. ¡Julia!!...

GILB. (*Dentro.*) ¡Gautier! ¡Gautier!

JULIA. ¡Mi marido!

GILB. (*Muy contento.*) ¡Gautier! ¡amigo mio! Hay una vacante de escribiente....

GAUT. (*Con frialdad.*) Si... pero justamente está ya ofrecida; por lo tanto... no conteis con ella.

GILB. (*Desconcertado.*) Semejante cambio... cuando hace un instante...

GAUT. (*Con sequedad.*) ¿Qué? os ofrecí colocaros cuando pudiera, y no puedo en la actualidad.

GILB. (*Mira alternativamente á Julia y á Gautier con cierto asombro, pero sin desconfianza.*) Yo habia creido...

GAUT. Mas tarde... no tengais cuidado...—Dejadme las señas de vuestra habitacion...

GILB. (*Va á la mesa y escribe.*) Hé las aqui. Os ruego que penseis...

GAUT. (*Leyendo las señas.*) Está bien. Hasta la vista.

JULIA. Ven, Roberto ... salgamos. (*Vánse por el fondo.*)

GAUT. (*Solo, siguiendo con la vista.*) ¡Oh!... ¡Hacemos alarde de virtud! Ya eso pasará con el tiempo y la reflexion.

ESCENA IX.

GAUTIER, *y* SIMON *que entra frotándose las manos.*

GAUT. ¡Qué aire tan animado traeis, monsieur Simon!

SIM. Es que acabo de hacer mi balance.... y os confesaré que esta mañana estaba un poco inquieto.

GAUT. En nuestra profesion, ni conviene ser muy confiado, ni es bueno alarmarse demasiado pronto. ¿Ahora estamos en alza? Tanto mejor.

ESCENA X.

DICHOS *y* JULIAN.

JUL. (*Que entra por el fondo azorado, se dirige á Gautier y le dice al oido.*) ¡Estamos en baja!

GAUT. (*Bajo á Julian.*) ¿Qué dices? (*A Simon.*) Podeis retiraros si gustais, monsieur Simon.

SIM. Con vuestro permiso. (*Vase por la izquierda.*)

JUL. (*A Gautier, llevándolo aparte y en voz baja.*) ¡La justicia ha practicado secretamente una informacion sobre el

negocio de los terrenos... y todo ha sido descubierto!

GAUT. (*En voz baja.*) ¡Cómo! ¿Es decir que Decart?...

JUL. (*Idem.*) Decart está en la carcel.

GAUT. (*Idem.*) ¿Pero no habrá revelado?...

JUL. ¡Todo! — y no tenemos tiempo que perder.

GAUT. ¡Diantre! ¡La posicion es embarazosa!

JUL. Ni un solo minuto, porque la policia trabaja activamente, y.... — Yo tengo mi pasaporte para Bruselas, y parto en este momento. Allá nos encontraremos. ¡Buena fortuna! ¡Adios! (*Váse corriendo por el fondo.*)

GAUT. (*A Simon, que sale de la caja, el sombrero en la mano y el paragua debajo del brazo.*) ¿Monsieur Simon?

SIM. ¿Qué teneis que mandar?

GAUT. ¿Las llaves de la caja?

SIM. Las llevo conmigo.

GAUT. Dádmelas.

SIM. ¿Cómo?

GAUT. Dádmelas.

SIM. Pero, monsieur Gautier... no tenemos mas que los fondos necesarios para los vencimientos, y si vos....

GAUT. ¿Quién os habla de tocar á ellos?

SIM. (*Tímidamente.*) Como mas de una vez...

GAUT. Quiero verificar por mí mismo... ¿y ademas, no soy yo el amo, por ventura?... — ¡Las llaves!

SIM. Pero....

GAUT. ¡Las llaves! Yo lo mando.

SIM. Hélas aqui... (*Gautier pasa á la izquierda, y escribe precipitadamente algunas líneas. Ap.*) ¡Oh!... algo de extraordinario sucede, y es preciso á toda costa!.. (*Ocurriéndole una idea.*) ¡Si... es el único medio! (*Váse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XI.

GAUTIER *solo, sin haber visto salir á Simon.*

(*Volviendo la cabeza.*) ¡Al fin me veo solo! (*Vá al fondo, mira al interior y cierra.*) Un pasaporte, lo primero.—Despachémonos. (*Vá hácia la izquierda y se detiene de pronto.*) ¡Ah, diantre! Ahora recuerdo.... Gilbert me enseñó hace poco... — ¡Me he salvado!—Rellenemos bien mi cartera... (*Entra en la caja.*)

ESCENA XII.

LUISA, *seguida de* SIMON, *que le indica la puerta de la caja, y desaparece inmediatamente. Despues* GAUTIER.

LUISA. ¡Oh! no; ¡es imposible! ¿Pero dónde está? ¡Esa puerta cerrada! (*Señalando la del fondo.*) ¡Habré llegado tarde! (*Asomándose á la puerta de la caja.*) ¡No.... está allí!... ¡Es él, si!... ¿Pero qué hace? ¡Ah, Simon no se engañaba!! (*Gautier sale vivamente y se encuentra con Luisa.*)

GAUT. ¡Luisa!

LUISA. Si, caballero: Luisa, vuestra esposa, que afortunadamente llega á tiempo de impediros que cometais una infamia.

GAUT. ¿Qué quereis decir?

LUISA. Todo lo he comprendido.... lo he adivinado todo:—¡quereis huir!

GAUT. Pues bien, si; necesito huir, porque de un momento á otro puedo ser conducido á una prision.

LUISA. ¡Vos! ¿Pero por qué?

GAUT. Un negocio... dudoso, que han descubierto... y que no es esta ocasion de explicaros... Asi pues.... (*Vá á marcharse.*)

LUISA. (*Deteniéndole.*) ¡Oh!... no partireis de ese modo.

GAUT. ¡Cómo! ¿y sois vos quien quereis impedirme?...

LUISA. Huid, si vuestra libertad lo reclama; pero al menos, que esta fuga no sea nuestra deshonra... y la ruina de cien familias!

GAUT. (*Con impaciencia.*) ¡Ehee!... señora...

LUISA. (*Deteniéndolo.*) Llevaos el resto de mi fortuna.... consiento en ello. Trabajaré, pediré limosna, si es preciso; pero los depósitos que os han confiado, el dinero de vuestros accionistas, el fruto de sus desvelos, el pan de sus esposas y de sus hijos.... vuestro honor y el mio... ¡eso, caballero, no os lo llevareis! (*Suplicante.*) ¿No te lo llevarás, Eduardo, no es cierto?

GAUT. ¿Y quién me lo impedirá?

LUISA. (*Recobrando su entereza y con imponente dignidad.*) ¡Yo!—(*Suplicante.*) Pero no: tú no me obligarás á llamar en mi auxilio... y ese dinero que acabas de sacar de la caja, vas á dejarlo otra vez allí... con tu propia

mano, sin violencia, ni escándalo...—¡Yo te lo pido... yo te lo suplic ! (*Casi de rodillas.*)

GAUT. (*Con fingida emocion.*) Pues bien, Luisa: consiento en ello.

LUISA. (*Con alegria.*) ¡Oh, gracias, Dios mio, gracias! (*Llevándole hácia la caja.*) ¡Ven... ven!... ¡Allí... allí... (*Gautier la empuja, la hace entrar en la caja y cierra la puerta con llave.*)

GAUT. ¡Que uno se case para esto! (*Se dirige al fondo, abre la puerta con violencia y desaparece. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el sitio mas pobre y retirado de la Isla de San Luis, nombre que lleva una parte de un barrio de Paris, rodeada de las aguas del Sena.

Decoracion á todo fondo.

PRIMER TÉRMINO.

El primero y segundo bastidor de ambos lados representan casas antiguas, ennegrecidas y cuarteadas por el tiempo y la humedad del rio. El aspecto miserable que ofrecen, hace suponer que estan habitadas por las gentes mas necesitadas del barrio.

El primer bastidor de la izquierda lo ocupa un caseron de época remota, casi en ruina é inhabitado. Desde el piso principal sobresale unas tres cuartas, poco mas ó menos del bastidor, y toda esta parte del edificio parece apoyada en una especie de almacen en forma de soportal, dependiente de la misma casa y término de ella, á la espalda de la fachada. Esta habitacion desconchada, sucia y miserablemente amueblada, es la que sirve de morada á Gilbert y su esposa. Un jergon de paja envuelto en un cobertor, está arrinconado en el fondo derecha: una mesita de pino y dos sillas en el primer término de la izquierda.—Un armario pequeño de pino colgado en la pared, y sobre el cual hay un jarro de barro, un vaso y dos libros grandes, con cubierta de pergamino. Sobre la mesa una palmatoria de barro con vela de sebo. Esta sala baja, avanza hasta cerca de la concha del

apuntador, y tiene unas cuatro ó cinco varas de profundidad (segun la importancia del escenario), á contar desde las candilejas. La puerta de entrada dá sobre la escena, en el fondo: en la pared de la derecha una ventana muy estrecha, de una sola hoja, con enrejado.

SEGUNDO TÉRMINO.

Paredon ó muralla del rio. Este se extiende hasta el último bastidor, dejando libre la caja. Lo atraviesa diagonalmente un gran puente de piedra, practicable, que empezando desde el segundo bastidor de la derecha, donde está la subida (tres ó cuatro escalones), va á terminar dentro de la penúltima caja de la izquierda. Este puente ha de hallarse á una altura tal, que el público pueda ver los arcos de piedra que lo sostienen, y una barca que se halla atada en uno de los pilares. La barandilla del puente es calada, pero de trecho en trecho una gruesa columna de piedra interrumpe, por decirlo asi, el órden de las labores.

TERCER TÉRMINO.

Paredon como el primero, á una vara de distancia del telon del fondo, que representa una vista del barrio de san German. A la derecha las torres de la iglesia de Nuestra Señora de Paris; á la izquierda la antigua casa ayuntamiento, (Hotel de Ville), en el centro de la torre Saint Jacques. Se ven algunas luces que brillan á lo lejos.

Dos farolas débilmente iluminadas dan alguna luz al puente. En el primer bastidor de la derecha hay un farol de esquina, pequeño y de escasa luz (1).

---

(1) Los pintores y maquinistas pueden sacar un gran partido de esta decoracion. Se le recomienda al primero, que consulte para la mejor ejecucion del telon del fondo, el periódico *L'Illustration*, donde hallará todas las vistas que se mencionan en la acotacion.

NOTA IMPORTANTE. Los empresarios ó directores de provincia que no pudieran *absolutamente* montar esta decoracion, tal como se desea, hallarán al final del acto una *advertencia* que les facilita el medio de poner, sin embargo, la obra en escena, sin que se eche de ver la falta del espectáculo.

ESCENA PRIMERA.

GILBERT *solo, sentado junto á la mesa y contemplando un bolso vacio, que tiene en la mano. Momentos de silencio.—De pronto tira le bolso, se levanta, duda un instante, se dirige al armario, lo abre y examina, lo cierra en seguida con violencia, y queda inmóvil.*

¡Nada!... ¡¡Nada!! ¡Hé aqui en lo que se han convertido mis ensueños de orgullo y ambicion!...—¡La fatalidad por do quiera!.. ¡la miseria!.. ¡¡el hambre!!.. ¡Burlado en mis esperanzas, sin carrera, sin porvenir!... ¿qué me queda en el mundo? ¡Desaliento! ¡Pereza... encono! (*Cae en una silla. Nuevo silencio. Apoya su frente en ambas manos, ocultándose asi el rostro. Se oye el ruido que hace una llave en la cerradura.*)

ESCENA II.

GILBERT *y* JULIA, *despues* MARTIN. *Julia está pálida y muy abatida. Al ruido que ha hecho la puerta, Gilbert levanta la cabeza.*

GILB. ¡Ah! ¿Eres tú? (*Yendo á ella con ansiedad.*) ¿Y bien?

JULIA. (*Con desaliento.*) La señora á cuya casa me mandó ir madame Gautier, no tiene necesidad de doncella.

GILB. ¡Y era nuestra última esperanza!... ¡Oh, la fatalidad es incansable!

JULIA. Hasta yo misma empiezo á dudar de todo.

GILB. Si no se tratara mas que de mí... Pero verte en semejante situacion... ¡pobre Julia mia! (*La coge la mano.*) ¡Tu mano está helada! (*Cogiéndola en sus brazos.*)

JULIA. No... no es nada...

MAR. (*Entra en escena, y al verlos abrazados da una media vuelta con suma ligereza y queda de espaldas.*) ¿Se puede entrar?

GILB. }
JULIA. } ¿Eh?

MAR. (*Viniendo á ellos.*) Soy yo... el sobrino de mi tia. Pero nada, como si no fuera nadie.—Pasaba por la puerta y dije... ¡Calle, pues esta es la puerta! y empujé la puerta.

JULIA. Has hecho bien: sabes que siempre nos alegramos de verte.

MAR. No vayais á creer que he venido por aquellos dos francos que os presté... ¡Quiá!... No corre prisa... y mientras mas antes, mejor.

JULIA. (*Titubeando y fijando su vista en Gilbert.*) Los dos francos...

GILB. Amigo mio, en estos momentos...

MAR. ¡Dále! Cuando digo que no corre prisa... ¿No puede ser al instante? Bueno, tiempo hay: volveré dentro de una hora.

GILB. Nuestra buena voluntad, nuestro deseo...

MAR. Si lo sé. Pero mañana es domingo y tenemos un jolgorio todos los buenos mozos del barrio, á cincuenta sueldos por cabeza... ó por barba; pero como yo no tengo barba, he dicho por cabeza. En fin, ello es que, aqui en confianza, la pastelera de la esquina... ya sabeis, la que calza zapatos de á dos cuartas... vamos, que le he petao; porque cuando yo me pongo á decir allá voy... (*Toma una posicion exagerada y ridícula, con aire de conquistador. Desde las primeras palabras de Martin, Gilbert y Julia han vuelto á caer en su abatimiento. Martin los mira.*) Vaya, buenas noches.

JULIA. Buenas noches, Martin.

MAR. ¡Cáspita!... ¡tengo unos deseos de que seais ricos!... No para que me pagueis los dos francos, ¡quiá! sino por gusto... y luego porque me tomariais á vuestro servicio, y tendria yo esa chupomelona!... Pero nunca hareis suerte, señor Gilbert, mientras no os mudeis de esta maldita casa. (*Con cierto miedo y bajando la voz.*) Mi abuela me contaba, cuando niño, que el diablo habia recibido aqui su primera educacion, y que en esta sala baja justamente se entretenia en jugar al salto de la comba. (*Julia y Gilbert han vuelto á caer en su abatimiento. Martin los mira.*) Vaya, buenas noches.

JULIA. Adios, Martin.

MAR. (*Ap., yéndose.*) ¡Mal anda la cosa! (*Volviéndose de pronto.*) ¡Ah! memorias de mi abuela. (*Váse. Pausa.*)

GILB. (*A Julia.*) ¡Ya lo has oido!

ESCENA III.

GILBERT, JULIA y PLÁCIDO.

PLAC. (*Desde la puerta.*) La puerta abierta... y ni un lacayo en la antesala. Tendré que anunciarme yo mismo.

GILB. Plácido...

PLAC. Si, Plácido Felix Prosper Lerich. Si no hago fortuna con esos cuatro nombres, digo que será una injusticia. ¿Cómo va por aqui?

GILB. Siempre lo mismo. (*Bajo á Julia.*) Acaso Plácido podrá...

PLAC. (*Que se ha sentado junto á la mesa.*) ¿Sabeis que es casi un heroismo el venir en una noche como esta á vuestra isla de San Luis? Un frio espantoso y una niebla que impide distinguir un hombre á dos pasos. Pero mi visita tiene dos objetos: uno, el de pasar un rato en vuestra compañia; dos, el de pediros que me deis de cenar. (*Se levanta.*)

GILB. (*Despues de un momento de silencio.*) ¡Ah! ¿tú cenas?

PLAC. ¡Diantre! Cuando no he comido... Es asi que no he comido (*Sacando los forros de ambos bolsillos del chaleco.*) por razones... etc. Luego... ¿Qué es eso? ¿no me respondeis?

GILB. Es que...

PLAC. Comprendido. (*Tirando de la orejeta que ajusta el pantalon.*) ¡Ejem! ¡Oh!... ya estoy acostumbrado. Paseante en córte de dia, segundo violin de la Gaité de noche, voy tirando hasta el 25 del mes; pasado ese dia, mamá Providencia se encarga del suministro, y cuando no me abona la racion... ¡Ejem!... (*Repite el mismo movimiento.*)

JULIA. ¡Pobre Plácido!

PLAC. Y siempre lo mismo, siempre confiado en el porvenir.

GILB. ¿Y cómo puedes vivir alegre en el seno de semejante pobreza, en vez de maldecirla, de...

PLAC. ¡Alto ahí! No hay que hablar mal de la pobreza: la medalla es fea, pero tiene su lado bello. Para el artista es un aguijon, como los obstáculos, como el dolor. Ricos, dichosos, nos dormiriamos en las delicias de Capua pobres y robustos, en un momento de desesperacion y

de cólera haremos milagros.

GILB. ¡Qué! ¿Todo lo bendices?.. ¿hasta el dolor?

PLAC. ¿Por qué no? El caballo á quien se castiga y espolea, no es feliz ni va contento: pero va, adelanta... yo digo á la pobreza: «espoléame, pobreza; iré mas deprisa y mas lejos.»

GILB. Pero yo no soy solo el que aqui sufre. (*Indicándole á Julia.*)

PLAC. ¡Ah!.. ¡es verdad! ¡Julia!.. ¡Pobre jóven! Vos no nacisteis para una existencia como esta; vos, á quien yo he visto crecer á mi lado... (*Cogiéndole la mano y tocando la sortija de Julia.*) ¡Pero qué veo!.. ¡Una alhaja!.. y estais en ayuno?

JULIA. Esta sortija es el único recuerdo de mi madre.

PLAC. ¡Oh! en ese caso no hay mas que decir: es sagrado.—¡Hjem! (*Ajustando de nuevo su pantalon. Gilbert baja la cabeza con tristeza. Momentos de silencio.*)

JULIA. (*Ap. observándolos.*) Pero yo podria al menos... (*Alto.*) Tomad, Plácido. (*Dándole la sortija.*)

PLAC. ¿Cómo?
GILB. ¿Eh? } (*A un tiempo, y con cierta ansiedad.*)

JULIA. Me separo de ella por algunos dias solamente. Aqui, en la esquina... ya sabeis.

PLAC. Si, en casa de mi tia, es decir de nuestra tia... en una palabra, de la tia de todo el mundo.—No tengais cuidado, Julia: yo me encargo de sacarla dentro de tres dias.

GILB. Vé... no te detengas.

PLAC. ¡Ehe!.. no tendrás mas prisa que yo. Voy volando, y volveré con un buen papelon de patatas fritas, que nos harán chupar los dedos de gusto. (*Va hácia el fondo bailando y tarareando.*) ¡Larará!.. (*Dan las nueve.*) ¡Ah!... ¡Diantre!—¿Qué hora es esta?

GILB. Las nueve.

PLAC (*Dejando caer brazos y cabeza con desaliento.*) ¡Cataplam! ¡Mi tia está acostada!.. (*A Julia.*) Hé aqui vuestra sortija.

JULIA. (*Sollozando.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio!..

GILB. (*Con la fisonomia animada por un furor reconcentrado. A Plácido.*) ¡Y bien! ¿Qué dices ahora? ¿Me hablarás aun de la filosofia?

PLAC. Ciertamente que sí.—¿De qué se trata despues de to-

do? ¿de acostarse sin cenar? Mañana almorzaremos con mas apetito.

GILB. ¿Y cómo?..

PLAC. Eso corre de mi cuenta. Son las nueve: voy ahora mismo á casa de un escribano, amigo mio... al veinticinco por ciento... y partimos. (*Movimiento de Gilbert.*) No te me vengas con delicadezas: le diré que el dinero es para los dos, y si quiere que tú firmes tambien... Vamos, Julia, tened esperanza: y tú, Roberto, ten valor. Quién sabe todavia .. Mas tarde, cuando yo sea un gran compositor, y tú un gran poeta... ó cuando hayas heredado á tu tio Benoit, entonces, en una buena casa, bien vestidos y bien comidos, bendeciremos la miseria de hoy, que dará mas prestigio á los goces de la prosperidad. Pensad en esto, y de seguro soñareis palacios y jardines. Conque he dicho... y hasta mañana. (*Despues de haberle besado la mano á Julia.—Gilbert se sienta y queda pensativo.*) ¡Oh! ¡miseria! ¡miseria! ¡tanto nos aguijonas, que al fin nos harás producir obras maestras! (*Váse.*)

ESCENA IV.

GILBERT *y* JULIA.

GILB. (*Despues de un breve silencio.*) Si despues de todo, Plácido tuviera razon. Si el porvenir nos reservara...

JULIA. ¿Esperas todavia?

GILB. ¿Quién sabe?

JULIA. ¿Cómo?

GILB. A pesar de aquel cambio repentino, la verdad es, que Gautier me aseguró que se ocuparia de mí, y puede ser que de un dia á otro...

JULIA. ¿Monsieur Gautier?

GILB. ¿Por qué no?

JULIA. No sé: pero desde luego, Roberto, tú no puedes aceptar nada de él.

GILB. Me dirás el motivo.

JULIA. Bien... si: otro dia.

GILB. (*Levantándose.*) ¡No! ¡ahora!

JULIA. Porque el hombre de quien te he hablado, ese hombre, cuyo rostro conocia apenas, pero cuya persecucion no

habia podido menos de notar, ese hombre es monsieur Gautier.

GILB. (*Como herido del rayo.*) ¡Él! ¿estás bien segura?

JULIA. Sus miradas y su lenguaje, cuando me quedé sola con él, no me han dejado la menor duda.—¡No, Roberto, tú no puedes aceptar nada de ese hombre!

GILB. ¡Tanta infamia!.. ¡y tanta desventura! ¡Oh!.. si para salir de ella no se tratara mas que de... (*Con resolucion.*) ¡Y bien, si!.. ¡lo cometeré!

JULIA. ¡Oh! ¡no hables asi, Roberto! ¡me das miedo!

GILB. ¿Y qué quieres que sea de nosotros? Aun aceptando que lleguemos á salir de la miseria en que estamos, ¿cuál será nuestra suerte? ¡La tortura, una vida de trabajo y de privaciones! ¡No! ¡basta ya de sufrir! Quiero gozar de la existencia, del lujo, de la felicidad completa. Todas mis ambiciones de otro tiempo se despiertan en mí... ¡Y para realizarlas!.. ¡Oh!.. ¡me ahogo!.. ¡Aire!.. ¡un poco de aire! . (*Julia abre la ventana.*)

JULIA. ¡Dios mio, tened piedad de él!

GILB. (*Que ha ido presuroso á la ventana, á cuyos hierros está cogido con ambas manos. Pausa.*) Ven: ¡mira... mira qué noche! ¡qué soledad!... ¡qué niebla tan espesa!—Ni siquiera la muralla puede distinguirse desde aqui; pero se oye el murmullo de las aguas, que vienen á estrellarse en ella con siniestro ruido! ¡ Han subido mucho estos dias... y se llevarán facilmente el cadáver que se les arroje!

JULIA. (*Mirándolo fijamente y con espanto.*) ¡Cómo!.... ¡no retrocederias ni ante un asesinato!

GILB. No, si debe enriquecerme impunemente: ¡no! ¡mil veces no! (*Se separa de la ventana.*)

JULIA. (*Yendo vivamente al fondo y cerrando la puerta.*) ¡Roberto!... ¡cuando el infierno nos inspira semejantes ideas, el deber nos aconseja que empecemos por sacrificarnos á nosotros mismos! ¡Roberto!... ¡es preciso morir!!

GILB. ¡Morir!! ¡Y bien... si, sea!

JULIA. (*Con desesperacion y sollozando.*) ¡Pero no! ese es tambien un crímen.

GILB. ¿Prefieres que cometa otro mayor?

JULIA. ¿Es decir que estás bien decidido?...

GILB. ¡Vivir rico, rico á todo precio... ó morir!

JULIA. (*Abriendo la puerta con ímpetu.*) ¡Sígueme!

GILB. (*Vá al fondo, cierra la puerta con cerrojo, y cogiendo á Julia del brazo la trae al proscenio.* ¡No!... es inútil que salgamos! *De una de las claraboyas de la habitacion saca un frasquito y se lo presenta á Julia.*) ¡Mira! ¡Este pomo contiene un veneno activo, infalible!... ¡Un veneno que mata instantáneamente!

JULIA. (*Con cierto terror.*) ¡Instantánea!...

GILB. ¡Como el rayo!

JULIA. (*Con decision.*) ¡Ah!... ¡tanto mejor! ¡Ese veneno apagará nuestra vida... pero nos salvará del crímen!

GILB. Un secreto presentimiento me aconsejó sin duda que lo guardase, cuando en mis dias de escasez tuve que vender, no solo los productos de mi modesto laboratorio, sino hasta los pocos útiles que lo componian. Mis estudios y mis insomnios me habrán servido siquiera para poner término á una existencia miserable y maldita!

JULIA. ¡Oh! ¡no blasfememos, Roberto, y encomendemos nuestra alma!...

GILB. ¡Pero yo no podré verte morir, Julia mia! ¡Morir!.. sin haberte probado la inmensidad de mi amor!...

JULIA. (*Ha fijado su vista en el cielo, y lo muestra con su mano.*) ¡Allí!... ¡Allí!... ¡Dios nos perdonará! (*Queda en esta posicion. Gilbert inclina la cabeza y permanece inmóvil. Momento de silencio.*) ¡Dame! (*Le coge el pomo.*)

GILB. (*Con desesperacion.*) ¡Ah!!...

JULIA. ¡Yo seré la primera! ¡Valor! (*Se lleva el pomo á los labios; pero antes de que haya tenido tiempo de beber, dan dos golpes en la puerta. Silencio.*)

GILB. (*En voz baja.*) ¿Eh?

JULIA. (*Idem.*) ¿Han llamado?

GILB. Si. (*Escuchan.*) Sin duda alguno que se ha equivocado de puerta... (*Vuelven á llamar.*) ¡No!

JULIA. No abramos.

GILB. ¿Por qué? ¿Quién sabe?.. (*Le quita el pomo de la mano y se lo guarda en el bolsillo: coge el candelero y va á abrir. Gautier aparece: viene envuelto en una capa, que le cubre parte del rostro. Julia ha ido tambien al fondo, y queda enfrente de Gilbert.*)

ESCENA V.

DICHOS y GAUTIER, *que se detiene un momento en la puerta para asegurarse de que nadie lo sigue.*

JULIA. (*Reconoce á Gautier, dá un grito ahogado, que Gautier no oye, y va hácia él: Gilbert aprovecha la distraccion de su amigo, coge á Julia de un brazo, y la pasa á su lado izquierdo.*)

GILB. (*Bajo á Julia.*) ¡Silencio!

GAUT. (*Entrando.*) ¡Buenas noches, Roberto! (*Cierra la puerta.*

GILB. ¡Gautier!

GAUT. Mas bajo, si gustais. Tengo mis razones.

GILB. (*Ap. con una emocion violenta.*) ¡Él!!

GAUT. Comprendo vuestra sorpresa. No esperabais verme en vuestra casa, y menos á tales horas. (*Vá á bajar al proscenio.*)

JULIA. (*Saliéndole al encuentro para impedírselo.*) ¡Caballero!...

GAUT. (*Sorprendido.*) ¿Os estorbo quizás?

GILB. (*Con viveza, obligándola á retroceder y ocultándola.*) No... nada de eso! (*Bajo á Julia.*) ¡Calla! (*Alto.*) Sino que.... como habeis dicho muy bien, la sorpresa...— ¿Y se puede saber lo que os trae á nuestra pobre morada á semejante hora, y en una noche tan horrible? (*Deja el candelero sobre la mesa.*)

GAUT. Una palabra, muy sencilla, pronunciada por vos esta mañana...

GILB. ¿Qué palabra?

GAUT. Pasaporte.

GILB. Con efecto, creo haberos hablado de un pasaporte para Bélgica.

GAUT. Precisamente. Circunstancias imprevistas me obligan á partir para ese pais esta misma noche... y si fuese posible, con un nombre que no sea el mio.— Pero me estoy cayendo de cansancio, y con vuestro permiso.... (*Gilbert le presenta una silla.*) ¡Gracias! (*Mirando en torno suyo*) El aire entra aqui por todas partes... ¡Diantre! amigo mio, vuestra habitacion no es muy cómoda.

GILB. Ya veis que no os habia exagerado nuestra posicion.... y que es en efecto digna de piedad.

GAUT. (*Como mudando de conversacion*) Os declararé franca-

camente y sin rebozo, mi buen Gilbert, que rara vez sirvo á las gentes por su buena cara... excepto á las damas, por decontado.

GILB. (*Ap.*) ¡Miserable!

GAUT. (*Continuando.*) Por lo mismo no es un servicio lo que vengo á pediros, es un negocio lo que voy á proponeros. Deciamos, pues, que tengo necesidad de vuestro pasaporte.

GILB. (*Apoyado de espalda en la pared y sin dejar de mirarlo con fijeza.*) ¿Para vos?

GAUT. Para mí.

GILB. ¿Con qué objeto?

GAUT. Con el de servirme de él probablemente.

GILB. Pero ese pasaporte está á mi nombre...

GAUT. Por eso justamente es por lo que vengo á comprároslo.

GILB. ¿Y?...

GAUT. ¡Oh! fijad vos mismo el precio: no tengais cortedad.

GILB. Quisiera á lo menos saber...

GAUT. Sois muy curioso.

GILB. Cada uno tiene sus defectos.

GAUT. Sin embargo... ¡Bah! despues de todo ningun interés teneis en venderme, al contrario: puedo abriros mi corazon. Hé aqui el asunto en dos palabras. Mañana debo declararme en quiebra, y quiero dejar á otros el cuidado de presentar mis libros.

GILB. (*Contrariado.*) ¿Arruinado? ¿Estais arruinado?

GAUT. Es decir... lo estaria si cometiera la torpeza de pagar á mis acreedores...—Ya veis si os hablo con franqueza.—Pero como la caridad bien entendida empieza por uno mismo, llevo conmigo alguna friolera... poca cosa.

GILB. (*Animándose á pesar suyo.*) ¡Ah! ¿llevais con vos?...

GAUT. Lo indispensable para tirar cómodamente hasta el fin de mis dias. *Aurea mediocritas*, como deciamos en el colegio.

GILB. (*Conteniéndose.*) ¡Bravo! ...

GAUT. Conque... ¿á cómo estan por aqui los pasaportes?

GILB. ¿Cuándo debeis partir?

GAUT. La mala sale á las cinco de la mañana y cuento mereceros la hospitalidad hasta esa hora. (*Pasa por delante de Gilbert, paseándose y mirando al suelo.*)

GILB. (*Con gesto de amenaza, á espaldas de Gautier.*) ¡Ah!...

(Con horror por reflexion.) ¡Oh!...

JULIA. *(Que ha seguido el movimiento de su marido, á Gautier.)* ¡Caballero!...

GAUT. *(Volviéndose de pronto.)* ¿Eh?

GILB. *(Mirándola fijamente.)* ¿Rehusarás á mi amigo un abrigo por algunas horas? *(Ap.)* ¡Si pudiera alejarla!...

JULIA. Somos tan pobres... Nuestra humilde morada ofrece tan poca comodidad, que este caballero se encontraria muy mal, sin duda...

GAUT. *(Con galanteria.)* ¿Cerca de vos?...

GILB. *(Ap.)* ¡Infame! *(Alto y queriendo desechar una idea.)* Si... tiene razon mi esposa: la humedad, el frio...

GAUT. El frio, cuando no hay lumbre, se calma con un buen vaso de ponche.

JULIA. *(Vivamente.)* Pero es que no tenemos en casa...

GAUT. ¿No hay un café por aqui cerca?

GILB. *(Inmóvil.)* Si.

GAUT. Y en atencion á las circunstancias, ¿seriais bastante amable?...

GILB. ¿Para ir yo mismo?.. Y bien, si: iré... iré. *(Durante toda la escena precedente Gilbert lucha contra un mal pensamiento, que aun no ha llegado á arraigarse en él.)*

GAUT. Gracias, amigo mio. Tomad. *(Le da una moneda de oro.)*

GILB. Vuelvo en seguida.

GAUT. ¡Oh! no necesitais daros mucha prisa.

JULIA. *(Que se ha colocado delante de la puerta, bajo á Gilbert.)* ¡Roberto!... prométeme que renunciarás á tu infame designio... ó se lo revelo todo.

GILB. *(Bajo á Julia.)* ¿Mi designio? ¡Yo!... no tengo ninguno, te lo prometo. *(Ap.)* No quiero tenerlo. *(Váse.)*

ESCENA VI.

JULIA *y* GAUTIER.

JULIA. *(Que ha quedado inmóvil y pensativa. Ap.)* ¡Su acento!.. su palidez... *(Con resolucion.)* ¡Oh! que cuando vuelva no encuentre aqui á este hombre! *(Alto, yendo á Gautier.)* ¡Caballero!...

GAUT. *(Levantándose.)* Hénos al fin solos!

JULIA. ¡Partid... partid inmediatamente!

GAUT. ¡Julia... escuchadme!

JULIA. (*Interrumpiéndole.*) Ni una palabra, ¡ni una sola! ¿Quereis ese pasaporte? (*Va al armario y le trae un pasaporte doblado.*) Tomadlo .. Pero partid antes que Roberto haya tenido tiempo de volver. Os lo suplico... ¡os lo mando! ¡ huid!

GAUT. ¿Huir? Sea; pero con vos.

JULIA. (*Indignada.*) ¡Oh!... apartad.

GAUT. ¡Julia... en nombre del cielo! Esta mañana hubiera podido comprender y aun respetar vuestra negativa; pero ahora..: ¿Qué esperais?... ¿qué puede deteneros en esta cabaña?

JULIA. ¡El deber!

GAUT. Pero cuando un marido hace pasar á su esposa semejante existencia...

JULIA. Razon de mas para que ella no le abandone. La mujer que olvida su deber en la desgracia, es como el soldado que deserta en la hora del peligro. No es ya una falta, es una cobardia, un crímen...

GAUT. (*Que la ha oido con entusiasmo.*) ¡Siempre bella!... pero mas bella aun asi! ¡Julia, yo os amo! Venid... huyamos juntos. ¡Soy rico... muy rico! (*Gilbert aparece en la escena por detrás de su casa. Baja sigilosamente y ocultándose, hasta quedar cerca de la ventana, desde donde escucha con atencion cuanto se dice dentro.*)

JULIA. Callad... en nombre del servicio que venis á pedir á Roberto, en nombre de la amistad que os unia en otro tiempo, de la hospitalidad de hoy!... ¡En nombre de esta miseria, que debiera seros sagrada... callad .. callad!

GAUT. Vuestra miseria... yo la haré cesar. En cuanto á Gilbert, no necesitais preocuparos... antes de partir le dejaremos una cantidad...

GILB. (*Ap. fuera de sí, amenazándole con el gesto.*) ¡Oh!.. (*Se registra los bolsillos, encuentra el pomo, y vuelve á marcharse en silencio por el mismo lado.*)

JULIA. (*Interrumpiéndole.*) ¡Pero desgraciado! Cuando le haceis esa última injuria, ignorais que ya...

GAUT. Yo no sé sino que os amo.

JULIA. Pero él... ¿no comprendeis? ¡No quereis comprender!.. (*Gilbert abre la puerta del fondo y se presenta muy pálido, pero como si nada hubiese oido. Trae en la mano una bandeja pequeña con un ponche servido.*)

GAUT. (*Bajo y vivamente á Julia.*) ¡Silencio!

ESCENA VII.

DICHOS y GILBERT.

GAUT. ¡Ah! ¿Estais ya de vuelta? ¿Qué tal ese ponche?
GILB. Hélo aqui. (*Pone la bandeja sobre la mesa, afectando serenidad.*) Sirve un vaso, Julia.
GAUT. ¿Cómo? ¿No bebereis conmigo?
GILB. No nos seria fácil, porque esa es toda nuestra vajilla. (*Mostrando el vaso que Julia pone sobre la mesa.*)
GAUT. ¡Ah! (*Gilbert le sirve.*)
JULIA. (*Ap.*) ¡Dios mio! ¡Si acaso Roberto!.. (*Una patrulla de cuatro soldados y un cabo atraviesa silenciosa el puente, y entra por el segundo bastidor de la derecha. Bajo á Gilbert.*) ¡Roberto!.. ¿El pomo?..
GILB. (*Idem, y mostrándoselo con disimulo.*) Aqui está.
JULIA. ¡Dame!
GILB. Pero...
JULIA. ¡Dámelo! (*Se lo coge.*)
GAUT. (*Que ha gustado el ponche.*) Ponche de taberna. En fin... (*Bebe.*)
GILB. (*Que lo observa con atencion y espanto.*) ¡Ah!.. (*Exclamacion ahogada.*)
JULIA. (*Que ha mirado el pomo. Ap.*) ¡Vacio! ¡Está vacio!!.. (*A Gautier, que va á beber de nuevo.*) ¡Deten!..
GILB. (*Poniéndole la mano en la boca, y volviendo á fijar á Gautier.*) ¡Calla! (*Gautier bebe. En este momento la patrulla ha llegado á los escalones del puente: se detiene un instante y mira á la casa: en seguida continúa su marcha y desaparece.*)
GAUT. Siento que no me acompañeis.
JULIA. (*Ap.*) ¡Horror! ¡horror!
GAUT. (*Con el vaso en la mano, y dirigiéndose á Julia desde su asiento.*) A vuestra sa... (*No puede acabar la frase. Deja el vaso y se levanta.*) ¡Oh!.. (*Llevándose la mano al pecho. Julia quiere hablar, y al pasar por delante de Gilbert, este la detiene sin apartar la vista de Gautier.*)
GILB. ¡Silencio!
GAUT. (*Sorprende el movimiento de ambos, y lo comprende todo.*) ¡Gran Dios!!.. (*El veneno obra activamente en él.*

Hace un esfuerzo, titubea, deja caer la silla que tiene á su espalda, va á apoyarse en el armario; despues, haciendo un nuevo esfuerzo, quiere lanzarse sobre Gilbert, que permanece en el centro de la escena, abrazado á Julia; ambos siguen con espanto los movimientos de Gautier. Este no puede sostenerse, y con los brazos extendidos hácia Gilbert, lanza un grito ahogado de muerte.)

GAUT. ¡Ah!!.. (*Va á caer en la escena; Gilbert, como inspirado, se separa de Julia, abre la puerta, empuja á Gautier hácia fuera, y vuelve á cerrarla vivamente.*)

GILB. (*Desencajado y mirando á Julia. Pausa.*) ¡Él lo ha querido! (*Con voz temblorosa y apagada.*)

JULIA. ¡Qué has hecho, desgraciado!

GILB. (*Exaltándose.*) ¡Nuestra fortuna, vengándome á la vez de un miserable!—¡Estaba allí... ¡Todo lo he oido! (*Señalando á la reja. En este momento se oye á distancia la nota de un piano, que produce el aire de la Dame Blanche. Gilbert se detiene. Julia se estremece.*) ¿Eh?.. (*Ambos escuchan con ansiedad.*) Ya cesó .. ven... (*Yendo hácia la puerta.*)

JULIA. (*Retrocediendo con espanto.*) ¡No!..

GILB. ¡Es preciso!..

JULIA. ¡No!.. ¡no!

GILB. ¡Julia!!

JULIA. ¡En nombre del cielo!..

GILB. (*Con furor.*) ¡Tú amabas á ese hombre!

JULIA. (*Con resolucion.*) ¡Yo te conduciré! (*Pasa por delante de él y abre la puerta.*)

GILB. ¡Silencio! (*Va á la mesa y apaga la luz. En seguida coge á Julia de la mano, y ambos salen, cerrando tras sí.*)

ESCENA VIII.

JULIA *y* GILBERT.

JULIA. (*Apareciendo la primera en la escena, y mirando á todos lados.*) ¡Nadie! (*Ap. sosteniéndose en la muralla.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio!..

GILB. (*Sin salir enteramente á la escena.*) Mira por ese lado... (*Señalando á la derecha.*) ¡Despues... sube al puente!.. ¡La niebla nos favorece... y el rio trae esta noche mucha agua! (*Desaparece. Julia ejecuta las órdenes de

Gilbert. La actriz que desempeñe este papel debe dar á su figura en el puente toda la importancia que el caso requiere, y de que es susceptible esta situacion. De pronto se la ve agacharse y volver hácia la escena, ocultándose con las barandillas del puente, hasta llegar asi al pié de las escaleras)

JULIA. (*Bajo á Gilbert.*) ¡Viene gente! (*Se oculta. Martin aparece en el lado allá del puente. Viene alegre, y tarareando á media voz.*)

MART. ¡Larará! ¡Lararál.. (*En medio del puente.*) ¡Brrr!.. ¡Cáspita! el frio aprieta que es una maravilla. Y eso que el vinillo... ¡Brrr!.. (*Ha llegado á la escalera, y se detiene mirando la casa de Gilbert.*) ¡Calle! ¡Una idea! ¿Si me llegara ahora á recordarle los dos francos á monsieur Gilbert?.. ¡No .. es que ya me va cargando... Porque dos francos, son dos francos, qué diantres! . Si, pero seria una descortesia á las doce de la noche... Y luego esa casa me infunde un miedo á estas horas!.. (*Santiguándose.*) ¡Brrr!.. Mas vale que me vaya á la cama. (*Baja la escalera y se vá por la derecha.*)

JULIA. (*Despues de un breve silencio, á Gilbert, en voz baja.*) Se aleja. (*Vuelve á subir al puente.*)

GILB. (*Dentro.*) ¡Oh!... *Se oye el ruido que hace un cuerpo al caer en el agua. Al mismo tiempo se oyen las doce en el reloj de una iglesia. Gilbert aparece mas horrorizado que nunca, andando hácia atrás y con un gran paquete de billetes de banco en la mano. Pausa.*) ¡El crímen!... (*Con fuerza y conviccion.*) ¡No! ¡La venganza! (*Se asoma á la muralla y vuelve.*) Le he dejado un paquete de billetes en su cartera... ¿Cómo no creer que un accidente, un suicidio?... Nada temo de la justicia de los hombres, no, ¡nada! En cuanto á mi conciencia... no quiero tener remordimientos... y no los tendré.

JULIA. (*Viene vivamente y se acerca á Gilbert.*) ¡Oigo pasos!

GILB. Ven. (*La coge de la mano y entran en su habitacion. Plácido aparece en el puente.*)

JULIA. ¡Roberto!... ¡Roberto!... ¡Qué hemos hecho! (*Gilbert le impone silencio y escucha.*)

PLAC. (*Desde el puente, pero sin detenerse.*) ¡Y luego dirán que no hay una Providencia! (*Baja á la escena.*) ¡Ese pobre Roberto, esa pobre Julia, que no querian creerme!... ¡Qué alegron voy á darles! (*Se dirige hácia la casa y se*

detiene.) Pero esperaré á mañana. Estarán durmiendo tal vez. Veamos. (*Se acerca á la reja.*) No hay luz. (*A media voz.*) ¿Roberto? Una. (*Mas alto.*) ¡Roberto! Dos.

JULIA. (*Bajo á Gilbert.*) No contestes.

GILB. (*Id.*) Al contrario.

PLAC. La última: ¡Roberto!

GILB. ¿Plácido? (*Sin mostrarse á la reja.*)

PLAC. Yo mismo; pero no te levantes. ¡Te traigo una gran noticia! Recordarás que salí de tu casa para ir á ver á mi amigo el escribano: ya sabes, el que da limosnas al veinticinco por ciento. Pues cuando le dije que el dinero era para mí y para mi amigo Gilbert, pegó un salto de su asiento y exclamó: «Todo cuanto querais.» Yo abrí tanto ojo; pero en seguida añadió: «Justamente lo busco desde hace dos semanas para entregarle la herencia de su buen tio Benoit, que ha muerto dejándole treinta mil francos.»

GILB. ¿Qué dices?

JULIA. (*Ap.*) ¡Oh! ¡Dios mio!

PLAC. Figúrate la cara que yo pondria. Conque tomé diez francos á cuenta para el almuerzo de mañana, y dije: allá vuelvo á darle tan fausta nueva.

GILB. Gracias, Plácido.

PLAC. (*Remedándolo.*) «Gracias, Plácido.» ¡Vaya una manera de alegrarse! Se conoce que el sueño le tiene embotados los sentidos. En fin, buenas noches. No le digas nada á Julia; yo vendré á despertaros muy de mañana. (*Con sentimiento cómico.*) Llora hasta entonces la muerte de tio Benoit. Adios.

GILB. Hasta mañana (*Plácido se va cantando por la izquierda. La patrulla vuelve á atravesar el puente.*)

JULIA. (*Bajo á Gilbert.*) ¡Ah!... ¡Por qué esa herencia no ha venido una hora antes!

GILB. No importa. Nos servirá al menos para justificar nuestra nueva posicion.—¡Al fin, Julia mia... el fin vamos á ser dichosos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ADVERTENCIA

á que se refiere la nota puesta al principio del acto.

El teatro representa la habitacion de Gilbert: sala pequeña y baja de techo, con los mismos muebles y accidentes marcados en la acotacion. En el fondo, á dos varas de la puerta, la muralla del rio. Horizonte.

FINAL DE LA ESCENA VI.

(*Gilbert escucha desde el fondo.*)

FINAL DE LA ESCENA VII.

GILB. ¡Tú amabas á ese hombre!

JULIA. Yo te conduciré. (*Va á salir: Gilbert la detiene.*)

GILB. Espera. La calle no tiene salida por ese lado, (*Señalando á la izquierda.*) y bastará que aceches desde la reja.

JULIA. Vé pues.

GILB. ¡Animo! (*Apaga la luz, váse á tientas por el fondo y cierra tras sí.*)

FINAL DE LA ESCENA VIII.

JULIA, *sola en la escena*: GILBERT, *en el fondo.*

JULIA. (*Mirando por la reja.*) ¡Nadie! (*Sin poderse sostener.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio!...

GILB. (*Asomándose.*) ¡No temas!... La niebla nos favorece, y el rio trae esta noche mucha agua. (*Desaparece.*)

JULIA. ¡Incansable fatalidad... hasta dónde nos ha conducido! (*Prestando atencion.*) ¿Eh? Creo oir pasos á lo lejos. (*Va al fondo.*) ¡Boberto!... (*Breve silencio. Vuelve á*

la reja y en seguida al fondo.) ¡Roberto!... viene gente!

GILB. (*Con el acento de una persona que hace un esfuerzo supremo.*) ¡Oho!... (*Se oye el ruido que hace un cuerpo al caer en el agua.*)

JULIA. (*Dando un grito ahogado.*) ¡Ah!!

GILB. (*Entrando de espaldas, mas horrorizado que nunca, y con un gran paquete de billetes de banco en la mano. Pausa.*) ¡El crímen!!... (*Con fuerza y conviccion.*) ¡No! ¡La venganza! Le he dejado un paquete, etc., *hasta* «¡no los tendré!»

JULIA. ¡Roberto! ¡Roberto! .. ¡Qué hemos hecho!

GILB. (*Escuchando.*) ¡Calla! (*Se oye llamar á la puerta.*)

PLAC. (*Dentro.*) ¡Roberto! ¡Roberto!...

GILB. (*Bajo á Julia.*) Es Plácido.

JULIA. (*Id.*) No contestes.

GILB. Al contrario.

PLAC. ¡Roberto!

GILB. ¿Plácido?

PLAC. Yo mismo; pero no te levantes. Te traigo una buena noticia. Iré á la reja, para no tener que gritar tanto.

GILB. (*A Julia.*) ¿Una buena noticia?

JULIA. Nada bueno puede ya suceder para nosotros.

GILB. (*Con exaltacion.*) Ahora mas que nunca. (*Va á la reja.*)

PLAC. (*Mostrándose á la reja, que estará colocada de modo que el público pueda ver á Plácido.*) ¡Qué diablo de oscuridad! ¿Estás ahí?

GILB. Si, habla.

PLAC. Recordarás que salí de tu casa, etc., *hasta el final.*

ACTO TERCERO.

La casa de Gilbert en Paris.

PRIMER TÉRMINO.

Una sala baja, corta, con puerta al fondo; un balcon á cada lado, guarnecidos de enredaderas y con tiestos de flores á los pies Puertas laterales que conducen á las habitaciones interiores. Un piano á la derecha, bastante separado de la pared. Canapé y butacas á la izquierda. Mesas, Luis XV, de palo santo, sillas torneadas y ligeras, floreros, etc. Tres arañas y seis candelabros, repartidos entre las mesas y el piano.

SEGUNDO TÉRMINO.

Un jardin pequeño, pero del mejor gusto y cuidadosamente cultivado. Frutas transparentes entre las naturales, faroles de colores entre las ramas; un saltador en el fondo, rodeado de tiestos de flores, alumbradas por las lucecitas de gas que hay alrededor de la pila.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN *de librea negra. Dos artesanos que representan un tapicero y un pastelero.*

MAR. *(A los artesanos que se hallan á la puerta del fondo.)* ¿Todavia no? Os lo explicaré mas claro.—Estoy encar-

gado de decirle al tapicero que sirva cuidadosamente el *buffet*, y al pastelero que adorne con gusto las habitaciones... digo, no, al contrario; en fin, el tapicero y el pastelero deben hacer todo lo que concierne á un pastelero y á un tapicero, y cuidar que la pasteleria del pastelero y la tapiceria del tapicero honren los talentos del tapicero y del pastelero...—¿Lo que es esta vez se me figura que lo habreis entendido? (*Gesto afirmativo de los obreros.*) No es poca fortuna...—Continuad vuestra tarea, y que todo esté dispuesto para dentro de una hora. (*Los obreros se retiran por la izquierda. Haciéndose aire con el pañuelo.*) ¡Uf!... ¡qué gente tan torpe! Y eso que yo me explico, que si no... (*Mirando al interior.*) ¡Parece que la señora no ha vuelto todavia!...—¿Eh? ¿Quién es aquel caballero que entra y se dirige hácia aqui? (*Plácido aparece en el fondo.*)

ESCENA II.

MARTIN *y* PLÁCIDO.

PLAC. ¿Monsieur Gilbert, no está en casa?

MAR. No, señor, pero si gustais... (*Haciéndole mil cumplimientos.*)

PLAC. (*Reconociéndole.*) ¡Calle! ¡Martin!

MAR. (*Id.*) ¡Monsieur Plácido! ¿Quién habia de figurarse?... Despues de tres años de ausencia...

PLAC. ¿Pero y tú? ¿cómo es que te encuentro aqui?

MAR. (*Con aire de importancia.*) El destino... el destino, como vos deciais en otro tiempo. Soy primer chamberlan... ó criado de estrado si gustais.

PLAC. ¿Eh?

MAR. Desde que monsieur Gilbert hizo su fortuna, me tomó á su servicio...

PLAC. ¿Pero positivamente ha hecho fortuna?

MAR. ¡¡Uf!!...

PLAC. ¿Y cómo?

MAR. ¡Ah! Eso es lo que no sé, á pesar de que él se empeña á menudo en explicármelo, como si á mí me importara...

PLAC. ¿Pero en fin, Gilbert y su esposa son dichosos?

MAR. Tampoco lo sé.

Plac. ¿Y tú? ¿te hallas bien aqui?

Mar. ¡Oh!.. si, señor, aunque no creais... Es una casa muy original. ¡Tienen mas manias!.. En primer lugar, todas las noches hay que dejar una luz en cada habitacion. ¡El amo apenas duerme, se pasea horas enteras... y luego ambos tienen los nervios tan susceptibles!.. Por ejemplo, supongamos que abro una puerta un poco fuerte, ó que entro en el cuarto sin el menor ruido. (*Imitando un sacudimiento nervioso.*) ¡Crac! dan un brinco como si yo fuera el diablo.

Plac. Es natural, si los coges de sorpresa...

Mar. (*Continuando.*) Toca alguien á la campanilla, ¡crac! vuelta con lo mismo. En fin, entre los dos comen menos que un jilguero, y visto que hacen disponer la comida como para personas naturales, me esfuerzo en esforzarme un poco, para que no se pierda; tanto, que algunas veces siento incomodidades frecuentes...—Pero despues de todo, me hallo bien; estoy contento y engordo, como veis. No asi ellos: la señora está hecha un esqueleto, y salvo el respeto que la debo, el amo parece un camaleon. Por lo demas, siguen sin novedad... muchas gracias. ¡Tate! Hé aqui monsieur Gilbert. No os movais, voy á prevenirle...

ESCENA III.

Dichos *y* Gilbert, *vestido con suma elegancia y muy pálido.*

Mar. (*A Gilbert.*) Señor, aqui hay un caballero que desea hablaros.

Gilb. (*Un poco sorprendido é inquieto, pero dominándose.*) ¡Ah! ¿Su nombre?

Plac. (*Viniendo á él.*) Plácido Félix Prosper Leriche. (*Váse Martin.*)

Gilb. (*Con alegria.*) ¡Tú!—¡querido amigo! (*Se estrechan las manos.*) Yo te hacia en Rouen.

Plac. Si, allí he vivido tres años, en calidad de director de orquesta del segundo teatro. Pero en el intervalo de las representaciones y los ensayos...

Gilb. (*Con cierto pavor disimulado.*) ¿Es decir, la noche?

Plac. (*Sonriendo.*) Precisamente, (*Continuando.*) durante las altas horas de la noche compuse una ópera, la en-

vié aqui, y ha sido admitida. He confiado mi arco á un compañero, y héme en Paris el mas dichoso de los hombres. ¿Y eso, gracias á quién? gracias al infortunio, y sobre todo á la injusticia de mis amigos.

GILB. ¡Siempre con tus paradojas!

PLAC. ¡Es una gran verdad! Rico, me hubierais proclamado un genio, y yo me habria embelesado al dulce murmullo de vuestros elogios, en tanto que pobre como Job, tratado de visionario por la mayor parte de vosotros, he necesitado trabajar como un negro, para vivir primero,—para conoceros despues. He redoblado mi energia, á fin de probar á unos y otros, que para el verdadero artista, el obstáculo es un estimulante, y la miseria un bautismo.

GILB. ¿Es decir, en fin, que eres dichoso?

PLAC. ¡Muy dichoso! ¿Y tú?

GILB. ¿Yo?... yo tambien, porque mis negocios han prosperado. Tengo dinero... y por consiguiente soy dichoso.

PLAC. Lo dices de un modo... Como si no estuvieras bien seguro de ello.

GILB. (*Alarmado.*) ¿Yo?... no sé...

PLAC. Es una broma... ¡qué tontuna!—Vaya, dime ahora qué significan estos preparativos? (*Mirando á su alrededor.*)

GILB. Doy esta noche una fiesta musical, entre amigos, con objeto de distraer un poco á Julia, que desde hace algun tiempo padece una tristeza...

PLAC. ¿Si? No hay que descuidarla.

GILB. La música le hará bien. Pero estoy de mal humor, porque muchos de nuestros convidados no pueden asistir. Espero que al menos tu presencia nos compensará...

PLAC. Imposible. Debo acompañar á una señora al teatro... Una maestra de piano, amiga mia, que vive muy cerca de aqui...

GILB. ¿Y por qué en vez de ir al teatro, no vienes aqui con ella? Justamente busco una maestra de piano para Julia...

PLAC. ¡Oh!... de ese modo, y bajo esa condicion acepto con mucho gusto. Puedes contar con ambos. (*Se coge del brazo de Gilbert y se pasean.*) Y dime, ¿vendrán muchos de nuestros antiguos amigos?

GILB. Algunos, Miguel, Teodoro...

PLAC. Y por supuesto, Cárlos.

GILB. ¿Quién? ¿Carlos Dupré? Si, debe venir.

PLAC. ¿Continúa siendo tan escudriñador y entremetido?...

GILB. ¡Es insoportable!

PLAC. ¿Por qué lo has invitado?

GILB. ¿Hay medio de librarse de él? Halló en un cajon la lista de los convidados.

PLAC. Lo reconozco en ese rasgo.

GILB. No parece sino que esta casa es la suya. Entra y sale cuando le acomoda. Habla, pide, trastea... ¿Y dónde hay valor para indisponerse con un hombre tan hablador, y que conoce á tanta gente? (*La voz de Cárlos dentro.*) ¡Toma! Ahí lo tienes. ¿No te lo decia?

ESCENA IV.

DICHOS *y* CARLOS, *en traje de baile, con una rosa en el ojal.*

CAR. (*Entra de espaldas contemplando la decoracion.*) ¡Bravo!... ¡bravo!... ¡bravo!... ¡bravo!... ¡Profusion de luces!... ¡Simetria!... ¡buen gusto!... (*Dándole la mano á Gilbert, y sin reparar en Plácido.*) ¡Buenas noches, Roberto! estoy contento de tí. (*Repara en Plácido.*) ¡Ah!... Perdonad. (*Lo reconoce.*) ¡Pero, qué veo! ¡Plácido! (*Se dan la mano con efusion.*)

PLAC. ¡El mismo! que ha acabado por salirse con la suya... ya recordarás... Felix Prosper... no podia ser de otro modo.

CAR. (*Con curiosidad.*) ¿Y cómo diantre?...

PLAC. Trabajando, chico; pasando las noches en claro...

CAR. ¿Conque es decir, que todo el mundo hace fortuna? Porque ya sabrás que Gilbert...

PLAC. Si, y me he alegrado mucho.

CAR. Te habrá contado, por supuesto... ¿Qué herencia, eh?

PLAC. ¿Cuál? ¿La de su tio Benoit?

CAR. Justamente. ¡Una herencia cuantiosa!

PLAC. ¿Eh? Ó yo tengo mala memoria, ó solo se trataba de unos treinta mil francos, y no creo que con eso...

CAR. (*Riendo y burlándose de Plácido.*) ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Treinta mil francos!—¡Estás adelantado!

GILB. (*Inquieto.*) Si... en efecto...

CAR. (*Quedándose sério de pronto.*) ¿Cómo? Pues yo creí

que me habias dicho...

GILB. Lo habrás entendido mal. La herencia era modesta... pero yo he trabajado mucho... en los periódicos, en folletos que he publicado, en empresas... he jugado ademas á la Bolsa. ¡Oh! tengo las pruebas de cuanto os digo, y voy á demostraros...

PLAC (*Riendo.*) ¿Quieres chancearte, sin duda?

GILB. No, no... tengo empeño en probaros...

PLAC. ¿Para qué? ¿Qué necesidad tenemos nosotros?..

CAR. Sin embargo, confieso que me gustaria enterarme un poco...

GILB. (*A Plácido.*) ¿Lo ves?

PLAC. Pero si...

GILB. Siempre es bueno que podais responder á cualquier comentario...

PLAC. ¿Y qué comentario quieres que haga nadie?..

GILB. ¿Qué sé yo? El mundo está tan pervertido... hay tantos envidiosos... (*Se dirige al fondo izquierda.*)

CAR. Y como nosotros somos del mundo. .

GILB. (*Saca del cajon de la mesa de la izquierda un cuaderno de cuentas, y lo abre.*) Mirad:—1828 gastado en el año, doce mil doscientos francos. (*Plácido lo escucha con indiferencia. Cárlos al contrario, con ansiedad, siguiendo con la vista todas las partidas.*) Enero, doscientos francos de mi mensualidad, porque tengo una plaza en la compañia de seguros... folletin trescientos cincuenta, ganado en la renta, quinientos veintidos:—total, mil setenta y dos francos. Febrero...

PLAC. ¿Supongo que no querrás encajarnos la cuenta mes por mes?

CAR. (*A Plácido.*) Déjalo, hombre.

GILB Pues bien, cualquiera. (*Abriendo á la ventura.*) Julio...

PLAC. Mira... pasa á Diciembre, ó me marcho.

GILB. Sea.—Diciembre...

PLAC. Ahora pasa al total.

GILB. Como quieras;—total, diez y nueve mil ochenta y cinco francos.

PLAC. Basta. Aprobadas las cuentas del año (*Durante este tiempo Martin ha estado encendiendo los candelabros.*)

CAR. (*A Gilbert.*) ¿Y qué periódico es ese en que escribes, que no he visto hasta ahora?...

GILB. En todos, indistintamente... Pero no firmo nunca.

CAR. Por eso decia yo... ¿Y se puede saber quién es tu agente de cambio?

GILB. (*Titubeando.*) ¿Mi agente de cambio?... Tengo muchos. (*Quiere ir hácia el fondo, Cárlos lo detiene.*)

CAR. Y dime...

GILB. (*Impaciente.*) ¿Mas aun?..,

CAR. Nosotros no te habiamos pedido que nos enseñases tus cuentas; pero ya que has tenido por conveniente mostrárnoslas, te preguntaré por qué lo has hecho; porque no me parece natural...

GILB. Lo he hecho para que podais responder á cualquier comentario...

CAR. Pues yo en tu lugar trataria de desechar esa mala maña.

GILB. ¿Por qué?

CAR. Porque es singular.

GILB. ¿En qué?

CAR. Porque podria creerse que tienes necesidad de justificar...

GILB. (*Turbado.*) ¡Yo!... yo soy un hombre honrado, y desafio á cualquiera á que pruebe... (*Se detiene.*)

CAR. (*Con extremada curiosidad.*) ¿A que pruebe... qué?

GILB. (*Reponiéndose.*) A que pruebe lo contrario.—Toma, Martin, lleva ese libro á mi gabinete.

MAR. (*Cogiéndolo y hojeándolo con disimulo, al tiempo de marcharse. Ap.*) Es preciso que yo compre uno como este para anotar mis gastos. (*Váse. Julia entra vivamente por el fondo, como si temiera ser seguida de alguien.*)

ESCENA V.

DICHOS *y* JULIA.

JULIA. (*Yendo derecha á Gilbert, sin reparar en los otros*) ¡Ah!... ¡Roberto!

GILB. (*Vivamente y bajo á Julia.*) No estamos solos.

JULIA. (*Estremeciéndose al ver á Plácido.*) ¡Plácido!

PLAC. (*Sorprendido.*) Cualquiera diria que mi presencia...

JULIA. (*Turbada.*) Yo... os aseguro...

GILB. (*Interviniendo.*) Julia padece ahora mucho de los nervios... el menor incidente... La sorpresa, el placer de

verte, ha bastado...

JULIA. Si... si... eso es.

PLAC. (*Tendiéndole la mano.*) Ya yo lo suponia.

GILB. Pero la hora se acerca.. (*A Plácido.*) Tienes el tiempo indispensable para ir á avisar á esa señora.

PLAC. Cinco minutos me bastarán...

GILB. Tú, Cárlos, ve á buscar á nuestros amigos... y sobre todo no tardeis en volver.

CAR. Descuida.

PLAC. Hasta muy pronto. (*Ambos se dirigen al fondo. Bajo á Cárlos.*) ¡Cómo ha cambiado Julia!

CAR. (*Id.*) ¡Pues y él! (*Vánse.*)

ESCENA VI.

GILBERT *y* JULIA.

GILB. (*Despues de haberse asegurado que estan á distancia.*) ¡Está visto! No dominarás nunca esos arranques...

JULIA. Tienes razon; pero no he sido dueña de mí.

GILB. Veamos... ¿qué ocurre? Habla.

JULIA. Cuando salí esta tarde un caballero pasaba al mismo tiempo por delante de casa, y ha venido siguiéndome todo el camino. Al principio no fijé la atencion... pero despues de haber cruzado varias calles, le vi siempre detrás y á la misma distancia.

GILB. Casualidad, sin duda.

JULIA. Yo tambien lo creí. Pero me miraba de una manera tan extraña... me ha seguido durante una hora con tal insistencia... que, te lo confieso, he tenido mucho miedo.

GILB. ¡Bah! Uno de tantos paseantes que se entretienen en seguir á las damas.

JULIA. No me ha dicho una palabra.

GILB. Porque habrá querido saber antes con qué clase de persona iba á habérselas.

JULIA. Me cuesta trabajo creer...

GILB. (*Bajando la voz.*) Sé al fin razonable, Julia. Ya sabes que no tenemos nada que temer... Te lo he demostrado mil veces...

JULIA. Si... pero cuando no se tiene la conciencia tranquila...

GILB. (*Impaciente.*) La conciencia... los remordimientos... pa-

labras vacias de sentido. Lo principal es ser rico... y nosotros lo somos.

JULIA. Si se supiera la manera...

GILB. Sin duda; pero como no se sabe ni se sabrá... Vamos, Julia; en vez de alimentar temores infundados, goza de la realidad. Ve á adornarte con tus blondas y tus brillantes... y prosternándose ante tí, el mundo te probará que yo tengo razon.

JULIA. Si... es verdad... me alarmo sin motivo. Voy á arreglar mi tocado.

GILB. Eso es... y vuelve cuanto antes á mi lado muy bella, y muy alegre sobre todo... ¡muy alegre!

JULIA. ¡Roberto! (*Con cariño.*)

GILB. ¡Adios... adios! (*La acompaña hasta la puerta de la derecha.*)

ESCENA VII.

GILBERT *solo.*

¡Pobre esposa mia! ¡Cuánto sufre! ¡Su existencia es un tormento constante de inquietud y de espanto! ¿Pero por qué no apela, como yo, á toda su energia? Yo estoy tranquilo y soy dichoso, porque tengo una voluntad de hierro... y la voluntad es todo... ¡oh!... ¡todo!

ESCENA VIII.

GILBERT, CARLOS, *despues* PLACIDO.

CAR. (*Entra talareando por el fondo.*) Héme ya de vuelta. ¿No me esperabas tan pronto? Lo supongo; pero me acordé en medio del camino que nuestros amigos quedaron en venir aqui directamente, y dije: pues allá me vuelvo, por si Roberto necesita que le ayude en algo.

GILB. No... mil gracias: todo está ya dispuesto... ¿Espero que nos traerás algunos artistas?

CAR. No tengas cuidado: tus invitaciones estan en buenas manos.

PLAC. (*Entrando.*) Ya ves, amigo mio, que sé cumplir mis palabras.

GILB. Asi me gusta. Tu exactitud es de buen agüero. Ven-

drá tambien sin duda esa señora. .

CAR. ¿Qué señora? (*A Gilbert, con curiosidad.*)

PLAC. Una maestra...

CAR. (*Volviéndose á él con viveza.*) ¿Una maestra de qué?

GILB. De piano.

CAR. (*A Gilbert.*) ¡Cómo! ¿No tienes bastante con tus ocupaciones, que quieres t davia...

GILB. (*Impaciente.*) Una maestra de piano para Julia, que está triste, melancólica...

CAR ¡Ah! lo que es eso es verdad. Cualquiera diria al verla que ha dado algun mal paso...

GILB. (*Con energia.*) ¡Cárlos!

CAR. No, hombre... en el buen sentido, he querido decir.

GILB. Te prohibo que vuelvas á producirte en esos términos.

CAR. ¿No puede uno bromear y reirse un poco?

GILB Ya me cansas... Cállate.

CAR. Si... tesoro mio.

GILB. (*A Plácido.*) ¿Conque has visto á esa señora?

PLAC. Vengo de su casa, y me ha ofrecido no tardar. Ya sabes, las mujeres son todas iguales: he tenido que concederle algunos minutos para que consulte un poco su tocador.

GILB. Pero no me has dicho aun...

PLAC. Es una dama del gran mundo, á quien ha perseguido la desgracia de una manera cruel. Puedes tener confianza en ella. No solo será una excelente profesora, sino una buena amiga para Julia.

GILB. Tanto mejor. (*A Cárlos.*) ¿Y tú?.. No nos has dicho todavia...

CAR. ¡Oh!.. si se duda de mi tacto y de mi buen gusto...

GILB. No, hombre, no... pero...

CAR. (*Con aire de importancia.*) Las personas invitadas por mí, son la flor y nata de la buena sociedad. Respondo que quedarás contento. Te recomiendo sobre todo á un cierto monsieur Fremont... que no se prodiga asi como quiera, y de quien has de decirme maravillas.

GILB. ¿Es un buen cantor?

CAR. No, pero es el narrador de mas actractivo que puede hallarse.—Yo me encargo de lanzarlo. Ya verás... ya verás...

GILB. Ya veremos.

CAR. Estoy seguro de su éxito. ¿Pero qué hace tu mujer que

no se halla ya entre nosotros?

GILB. ¡Eres lo mas curioso!.. Aqui la tienes.

ESCENA IX.

DICHOS *y* JULIA, *en traje de concierto.*

CAR. (*Yendo á su encuentro.*) Empezábamos á quejarnos de vuestra ausencia.

JULIA. ¡Sois muy amable! (*Con amabilidad, y pasando por delante de él para ir al lado de Gilbert.*)

CAR. (*Examinándola.*) ¡Oho!.. ¡qué elegancia! ¡qué magníficos encajes!..

JULIA. (*Con cierto embarazo.*) ¿Os parecen bien?

CAR. ¡Ya lo creo! ¡Son riquísimos! ¡Deben haber costado un dineral!

GILB. (*Interviniendo.*) No... una proporcion que tuve...

CAR. ¡Ah!.. (*Continúa hablando con Julia.*)

PLAC. (*Bajo á Gilbert.*) ¡Qué pálida está!

GILB. (*Idem.*) No... á mí no me parece... (*Ap.*) ¡Qué martirio! (*Alto á ambos.*) Os suplico que prepareis las mesas de juego: yo no entiendo de eso una palabra...

PLAC. Con mil amores.

CAR. ¿Cuál es la habitacion destinada?..

GILB. Ahí... en ese gabinete. (*Señalando al de la izquierda.*)

CAR. (*A Plácido.*) Cuando quieras. (*Se dirigen á la izquierda. Bajo á Plácido.*) Qué lujo asiático, ¿eh? (*Vánse.*)

ESCENA X.

GILBERT *y* JULIA.

GILB. (*Con cariño.*) No es asi como yo quiero verte. Tu tocado es lindísimo... Pero tienes un aire triste... inquieto...

JULIA. Es superior á mi voluntad... la vista, el contacto de estas alhajas, de estos ricos encajes...

GILB. Todo ello te sienta admirablemente, y nunca has estado mas encantadora.

JULIA. ¡Pero á qué precio, Dios mio!

GILB. (*Con ira.*) ¡Otra vez!.. ¡Oh!.. ¡has jurado segun eso!..

JULIA. (*Cogiéndole vivamente la mano, y mirando con disi-*

mulo á su alrededcr.) ¡Cuidado!

GILB. (*Bajando la voz.*) ¡Has jurado segun eso desesperarme! (*Bruscamente*) Acabemos: vuélvete á tu cuarto... diré que estás indispuesta... creerán lo que quieran, harán mil suposiciones... y acaso será ese un motivo para que lleguen á descubrir... ¿Pero parece que tú lo deseas, no es cierto? ¡Insensata!.. ¡insensata!

JULIA. Vamos... cálmate. Te prometo no volver á pensar en ello... y estar ademas muy alegre... te lo prometo.

GILB. (*Con cariño.*) ¡Julia!.. (*Disimulando.*) ¡Silencio! (*Yendo á Plácido y á Cárlos que entran en escena.*) Y bien... ¿habeis terminado?..

CAR. Los convidados empiezan á llegar.

GILB. (*A Julia.*) Apresúrate á recibirlos.

PLAC. No me equivoco... Hé aqui mi protegida. (*Luisa ha aparecido en el fondo, vestida de negro, pero con elegancia y como para asistir á una reunion. Plácido se apresura á ir á su encuentro, la coge de la mano y baja con ella al proscenio. Los convidados van llegando poco á poco, y se detienen á contemplar un momento el jardin, antes de entrar en la habitacion. Salúdanse y hablan entre sí.*)

ESCENA XI.

DICHOS *y* LUISA.

PLAC. (*Presentándola.*) ¡Madame Gautier!

JULIA. / GILB. } (*Casi ap. y con espanto, pero dominándose en lo posible. Los dos se miran rápidamente.*) ¡Madama Gautier!!

CAR. (*Ap. mirándolos con sorpresa.*) ¡Qué diablo les ha dado!

LUISA. (*Bajo á Plácido designándole á Julia.*) Se me figura que he visto ya otra vez...

GILB. (*Que se ha repuesto un poco, bajo á Julia.*) ¡Sangre fria! (*Alto.*) Querida Julia, permíteme que te presente á esta señora, amiga de Plácido, y una de las profesoras mas distinguidas... (*Bajo á Julia.*) ¡Habla!

JULIA. Perdonad la turbacion en que me veis, señora... La sorpresa de recibir en mi casa una persona, á quien me presenté, hace algunos años, en condiciones tan dierentes...

GILB. (*Bajo á Julia.*) Bien: basta.

LUISA. ¡Ah! Ahora lo recuerdo en efecto. Permitidme que os felicite: y creed firmemente que no porque el destino me haya sido contrario, dejo de alegrarme con toda sinceridad de que haya sido para vos favorable.

JULIA. Señora...

GILB. (*Bajo á Julia.*) Ya lo ves... es una casualidad. (*Julia y Luisa se sientan en el canapé. Gilbert ha ido á saludar á los invitados, y conduce á algunos á la escena, haciéndoles tomar asiento cerca del canapé.*)

CAR. (*A Plácido.*) ¿Sabes que tu protegida me gusta mucho?

PLAC. Tanto mejor.

CAR. ¿Por qué está vestida de negro?

PLAC. Porque le convendrá probablemente.

CAR. ¿Le ha quedado alguna fortuna?

PLAC. No me lo ha dicho.

CAR. ¿Qué edad tiene?

PLAC. (*Impacientado.*) No lo sé.—Véte al diablo con tus preguntas.. (*Yendo á Gilbert y cogiéndose de su brazo.*) ¿Qué tal te parece?

CAR Y luego dice que yo soy preguntón.

GILB. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

PLAC. Me alegro. ¿Qué dia empezarán las lecciones?

GILB. Le he hablado de ello á Julia, y dudo...

PLAC. Hace un momento era cosa convenida...

GILB. Si; pero hemos reflexionado... y...

CAR. ¿Y?...

GILB. Y hemos cambiado de idea.

PLAC. ¿Por qué?

GILB. Porque... porque...

CAR. Cuando se hace una cosa, se tiene siempre una razon...

GILB. La razon... no hay ninguna.

CAR. ¿Y bien... entonces?...

GILB. Y bien... ya veremos: no corre prisa... (*Vuelve al lado de los convidados.*)

CAR. (*A Plácido.*) ¡Qué hombre! ¿eh?

PLAC. ¡Maldito si lo entiendo! (*Se dirigen al fondo. Monsieur Fremont ha aparecido pocos momentos antes en el jardin y se ha detenido á contemplarlo. Carlos lo vé, y se llega á Gilbert.*)

CAR. ¡Ah! hé ahí la persona de quien te he hablado. (*Fremont entra en la escena.*)

ESCENA XII.

DICHOS y FREMONT.

CAR. (*Dándole la mano.*) Gracias por vuestra exactitud. (*Presentándolo á Gilbert.*) Monsieur Fremont.

GILB. Seais bien venido, caballero.... Julia, te presento á Monsieur Fremont.

FREM. Señora...

JULIA. Caballero... (*Ap.*) ¡Cielos!

GILB. (*Bajo á Julia.*) ¿Qué es eso?

JULIA. (*Idem.*) ¡Mi perseguidor de esta tarde!

GILB. (*Ap.*) ¿Qué significa?...

FREM. (*Que ha mirado á Julia con mucha atencion.*) Pero no me equivoco: ya he tenido el gusto de encontrar hoy mismo á esta señora... y añadiré que mi vista parecia causarle algun recelo...

JULIA. ¿A mí?... caballero...

FREM. Lo cual se comprende muy bien.—La casualidad, la casualidad únicamente, os lo aseguro, ha querido que durante cerca de una hora, haya seguido el mismo camino que vos, y habeis podído engañaros en cuanto á mis intenciones.

GILB. (*Bajo á Julia.*) ¿Lo ves?

FREM. Debo tranquilizaros completamente, señora, y disculparme de toda sospech . El papel de don Juan es incompatible con mi carácter, primero, y sobre todo con mi posicion.

GILB. (*A Carlos.*) ¿Este caballero es?...

CAR. Magistrado. (*Movimiento de Gilbert, y particularmente de Julia.*)

FREM. (*A Julia.*) ¿Os da miedo mi título?

GILB. (*Bajo á Julia.*) ¡Que te vendes! (*Alto, viniendo á Fremont.*) ¿Miedo? No se siente miedo sin motivo, y mi esposa no tiene por qué temeros... (*Mirando fijamente á Julia.*) absolutamente!

FREM. (*Con una sonrisa que puede ser interpretada.*) Asi lo creo. Pero es ocuparse demasiado de un detalle...—Monsieur Dupré me ha hecho esperar que oiré buena música en vuestra casa, y es para mí una tentacion, á la cual no he sabido nunca resistir.

PLAC. ¡Ah! ¿Sois prefesor?

FREM. Aficionado solamente, pero aficionado con pasion.

PLAC. En ese caso debeis juzgaros muy dichoso, hoy que abundan los nuevos compositores. El jóven Rossini, por ejemplo, hace concebir fundadas esperanzas....

CAR. Si... no vá mal. Promete... Promete...

PLAC. Boieldieu, que nos ha dado una buena realidad, bajo el título de la *Dame blanche.*—¿Conoces esa ópera, Gilbert?

GILB. No... aun no: lo declaro con vergüenza.

PLAC. ¡Oh... ¡es una gran cosa!

CAR. ¡Yo lo creo! (*Cantando.*)

«Venid, gentil señora...»

(*Tose y deja de cantar.*)

PLAC. ¡Y el coro de los montañeses!

CAR. ¡Y el gran motivo del primer acto! (*Cantando.*)

«¡Qué placer es ser soldado!...»

(*Tose y deja de cantar.*)

PLAC. ¡Y el final!... ¡Y la romanza!... ¡Todo! — Madama Gautier, tened la bondad de tocar una de esas lindímas melodias, con esa expresion que sabeis tan admirablemente imprimir...

LUISA. Con mucho gusto. Tengo muy poco mérito para hacerme rogar. (*Plácido la conduce al piano y queda á su derecha. Todos los demas personajes estan del lado del canapé y escuchan con atencion. Luisa empieza la balada, la misma que se oyó en la escena VII del acto segundo. Poco á poco Gilbert y Julia se miran con asombro y acaban por ponerse de pie lentamente y como si los moviese un resorte.*)

PLAC. (*Mientras que Luisa ejecuta.*) ¡Qué colorido!... Ahora figuraos un avaro escondiendo su tesoro... un asesino en el momento de cometer el crímen y que oye de repente... (*El piano ha llegado á estos versos:*)

«Prener garde

«La dame blanche vous regarde, etc.

¡Soberbio! (*A Gilbert.*) ¡Qué fuerza de intencion!...— ¿Pero qué es eso? ¡Estás demudado!.. y tu esposa tambien! (*Fremont se levanta naturalmente, y se dirige al piano.*) ¡Se pone mala!.. (*Vá á ella.*)

JULIA. (*Con esfuerzo.*) ¡Yo! (*Luisa deja de tocar.*)

GILB. Es que... es muy nerviosa, muy nerviosa... y luego... hace un calor en esta sala!

LUISA. (*Viniendo á ella.*) En efecto : un poco de aire os hará bien. Venid, señora. (*Le ofrece el brazo*; *Julia no osa aceptarlo. Luisa la mira con extrañeza.*) ¿Eh?...

JULIA. (*Cogiéndose con estremecimiento.*) No será nada...

LUISA. (*Llevándosela.*) No importa: venid.

CAR. (*Bajo á Plácido.*) ¿Pero qué diablos tienen?

FREM. Vuestra esposa es muy impresionable, caballero.

GILB. En efecto... pero no sé á qué atribuir... Sin duda...

FREM. Es inútil que busqueis una justificacion...

GILB. Si yo no la busco, caballero.

FREM. La expresion con que esa pieza ha sido ejecutada, es una razon suficiente... ¿Quién es esa señora?

GILB. (*Con esfuerzo.*) Es madama... (*Un breve silencio.*)

CAR. Madama Gautier. Su nombre es bastante conocido.

FREM. ¿Será por acaso la esposa de aquel famoso Gautier?..

CAR. Precisamente: que fué asesinado hace dos años.

GILB. ¡Querrás decir... que se suicidó!

CAR. ¡Oh!.. eso no ha podido probarse.

GILB. ¿Y los cien mil francos que se le encontraron en su cartera?..

CAR. Está reconocido y justificado que debió salir de su casa con mucha mayor cantidad.

GILB. Sin embargo... los ladrones no acostumbran á dejar cien mil francos en el bolsillo de sus víctimas.

CAR. (*Animándose.*) Los que cometieron el crímen, pudieron muy bien haberle dejado esa suma por ignorancia.

PLAC. O acaso por prudencia, con objeto de alejar toda sospecha.

GILB. En fin, la justicia que tiene mejor instinto y mas sagacidad que nosotros, no ha hallado nada de oscuro en este negocio.

FREM. Perdonad. (*Negando.*)

GILB. (*Sometiéndose.*) ¡Ah!.. ¿En todo caso no ha encontrado ninguna prueba?

FREM. No.

GILB. Me atreveré á decir... ningun indicio.

FREM. En efecto: pero ese Gautier era un desalmado, incapaz de remordimientos; y yo me he preguntado siempre, dónde un hombre semejante encontró el valor para matarse.

GILB. Un momento de desesperacion...

CAR. (*Animándose al ver la insistencia de Gilbert.*) ¡Pero

nadie se tira al rio con cien mil francos en el bolsillo, qué diantre!

GILB. Ya ves que te equivocas, pues que él se tiró. (*Fremont se apoya de espaldas en el piano.*)

CAR. O lo empujaron.

GILB. Imposible.

CAR. ¡Dale! ¿Qué te importa, despues de todo, que haya sido un crímen ó un suicidio?

GILB. Nada, seguramente... pero doy mi opinion.

CAR. Es que hablas de ello con un calor...

GILB. (*Sonriendo.*) ¿Yo?..

CAR. (*A Plácido.*) ¿No es cierto?

PLAC. Lo que yo deduzco de todo esto, es que el asunto no tiene nada de claro, y que nunca se sabrá la verdad.

FREM. (*Con cierta solemnidad, sin variar de posicion.*) Os equivocais, caballero: se sabrá tarde ó temprano. (*Julia y Luisa aparecen en el fondo. Algunos convidados se acercan á ellas para informarse del estado de Julia; despues bajan todos pausadamente al proscenio. Fremont conserva su posicion.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, JULIA *y* LUISA.

CAR. (*Continuando la conversacion, que no ha sido interrumpida á la llegada de los personajes designados.*) ¡Es cierto que la justicia tiene tantos recursos... y tanta habilidad!.. (*Julia viene lentamente al lado de Gilbert.*)

FREM. ¡Oh!.. nuestra habilidad es poca cosa, comparada á la destreza de ciertos culpables. Los hay entre ellos, amigo mio, que son genios en su género. (*Gilbert se turba.*)

CAR. ¿Entonces, con quién contais para descubrir?..

FREM. Con los acasos providenciales; y voy á daros un ejemplo, entre mil.

JULIA. (*Bajo y vivamente á Gilbert.*) ¡Todo lo sabe!

GILB. (*Id.*) ¡Imposible!

CAR. Hablad. (*Todos escuchan con interés.*)

FREM (*Despues de un breve silencio, y avanzando un poco.*) Un anciano, llamado Lequesne, una especie de men-

digo, vivia en un caseron retirado: sus vecinos no le habian visto hacia ya algunos dias. El comisario de policia del distrito procedió á una informacion. Hizo saltar la cerradura. Encontraron la llave en el suelo, cerca de la puerta: despues, á la vista de un cádaver, tendido junto á un hornillo apagado, debió creerse era un suicidio, tanto mas, cuanto que todo en la habitacion atestiguaba una completa miseria. Por otra parte, la pobreza de aquel hombre era un hecho notorio. Lo enterraron... y no se volvió á hablar mas del asunto.

GILB. (*Que ha acabado por sacudir su estupor.*) ¡Es muy interesante!.. Martin, los refrescos... los helados... (*A Luisa.*) ¿Esta señora tendrá la bondad de tocar un wals ó una contradanza?

CAR. (*Sorprendido.*) ¡Pero la historia no se ha concluido!

PLAC. (*Id.*) ¡En efecto!..

CAR. (*A Fremont.*) Continuad... continuad. (*Un brevísimo silencio.*)

FREM. (*A Gilbert con suma cortesía.*) ¿Me permitis, caballero?..

GILB. ¡Ah!.. perdonad... Habia creido... Proseguid.

FREM. Dos años despues, una anciana, propietaria de un figon en la calle de Santiago, y conocida bajo el nombre de tia Durand, fué ahogada y robada en medio del dia, en la trastienda de su mismo establecimiento. Una informacion judicial siguió al hecho. (*Un silencio.*) Mil francos habian desapareci o del armario. Las sospechas recayeron en un individuo llamado Michaud. Fué careado con los testigos, é interrogado con la mayor escrupulosidad. Ni una prueba... apenas un indicio. Se practicó un registro de su habitacion. Todo respiraba en ella comodidad y aseo. No se encontró de sospechoso sino una cantidad de cuatrocientos francos, oculta entre la ropa blanca. La mujer respondió que aquel dinero representaba sus economias; el marido dió separadamente una contestacion idéntica. No obstante, resultaba de diversas noticias: de una parte, que los esposos Michaud vivian anchamente y pagaban bien:—de otra, que Michaud trabajaba poco y no ganaba gran cosa. Era pues extraordinario que hubiese podido hacer semejantes economias.

CAR. En efecto... era muy extraordinario.

FREM. (*Continuando.*) in embargo, se le habia conocido mas laborioso, y pudo haber ahorrado antes aquella suma. Michaud probó su coartada, y fué puesto en libertad.

GILB. (*Levantándose.*) ¡Ah!... Ya estaba yo seguro...

FREM. Para mí, Michaud absuelto, no significó Michaud inocente; de tal modo, que desde aquel dia no le perdí de vista. Durante muchos meses, hice que se me diera diariamente una relacion exacta de su manera de vivir o de sus gastos... y asi que con arreglo á mis anotaciones, supuse ya agotado sus recursos, me presenté en su casa de improviso. Juzgad de mi sorpresa, cuando en el mismo cajon y en el mismo sitio, encontré, poc, mas ó menos, la misma cantidad.

CAR. ¿Los cuatrocientos francos?...

FREM. Que continuaban siendo sus economias; pero yo los confundí muy pronto con mi diario. No solamente no podian ya tener economias, sino que era preciso que tuviesen deudas... y no las tenian. Debia suponerse, pues, que ocultaban algun tesoro... Ordené un registro completo; y muy luego, en un escondite practicado en la pared, detrás de la cómoda que lo cubria, se halló una cantidad de cerca de nueve mil francos. (*Momento de silencio. Gilbert se enjuga la frente repetidas veces. Julia ha perdido casi completamente sus fuerzas.*) Detenidos en el acto y encerrados despues separadamente, los esposos Michaud se aferraron durante mucho tiempo en un completo silencio. En fin, la mujer llegó á caer gravemente enferma. Los remordimientos producian en ella luchas terribles, superiores á sus fuerzas. Por último, no pudiendo ya dominarse, ni resistir mas, un dia hizo que me llamaran, asi como al capellan de la carcel, y me reveló una cosa... que estaba muy distante de mi idea, y que seguramente no esperaba. Michaud era completamente inocente del asesinato de la calle de Santiago. ¿Pero recordais el anciano, cuya muerte habia sido atribuida á un suicidio? Este hombre era una de las muchas variedades del tipo del avaro: su miseria aparente tenia por objeto ocultar mejor su riqueza. Los esposos Michaud eran sus vecinos, descubrieron su secreto... y una noche, despues de haberle dormido, con el auxilio de un narcótico, le robaron

cuanto poseia!... Taparon el conducto de la chimenea, cubrieron perfectamente las rendijas de la puerta y ventana, y encendieron un gran hornillo de carbon. En seguida salieron de la habitacion, dieron dos vueltas á la llave y la echaron por debajo de la puerta. Ya sabeis lo demas. ¿Creeis ahora que me ha faltado razon para juzgar ciertos acasos como providenciales? (*Separándose del piano y dando un paso hácia adelante.*) Y el ejemplo que acabo de citar, no es el único, señores.

JULIA. (*Bajo á Gilbert.*) ¡Estamos perdidos!

FREM. Pero... he abusado bastante de vuestra atencion... y no quiero molestaros mas por esta noche.

LUISA. (*Sosteniendo á Julia, que está próxima á desmayarse.*) ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Madama Gilbert desfallece!

GILB. (*Corriendo á ella.*) ¡Julia! (*Todos la rodean.*)

FREM. (*Yendo á ella.*) Habré sido yo involuntariamente la causa!...

GILB. (*Poniéndosele delante para que no llegue hasta Julia, pero ocultando su intencion.*) No... Estaba antes indispuesta... ya lo sabeis.

JULIA. (*Que ha ido recobrando sus fuerzas.*) Si... estaba ya indispuesta... y os pido ahora licencia...

LUISA. Nosotros somos los que nos retiramos.

FREM. Es ademas muy tarde...

PLAC. Cerca de las doce. ¡Cómo ha pasado el tiempo!

CAR. ¡Gracias á monsieur Fremont!

PLAC.
LUISA. } Seguramente.

CAR. (*Ap. á Gilbert.*) ¿Y bien?... ¡Cuando yo te decia que quedarias contento!... ¿Qué te ha parecido?

GILB. ¡Muy bien! (*Subiendo un poco al fondo y saludando.*) Señoras... señores... (*Inclinándose ante Fremont que se le presenta para despedirse.*) ¡Caballero!...

FREM. (*Que se halla cerca de la puerta del fondo. Esta figura debe estar aislada en este momento.*) Me felicito sinceramente de haber tenido el gusto de conoceros.

GILB. Lo mismo digo por mi parte. (*Se saludan de nuevo. Gilbert lo acompaña hasta el fondo.*)

CAR. (*Bajo á Placido.*) ¿Qué soirée tan particular, eh?

PLAC. ¡Si, muy particular! (*Todos vánse por la puerta del fondo. Julia los despide hasta el jardin. Gilbert se supone que los acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA XV.

MARTIN, *solo. Entra por la puerta de la derecha, con aire de satisfaccion, las manos metidas en los bolsillos del calzon.*

No es por decir... pero me gustaria que hubiese todos los dias una fiestecita. Me he atiforrado de pasteles hasta aqui; los he regado despues con el ponche y los sorbetes que quedaban, y ahora me voy á dar una buena de cama. (*Apaga las luces.*) No sé como la señora y el amo, que... (*Soplando las luces.*) Para qué sirve entonces la for... (*Sopla.*) tuna!—¡Ah! ¡hélos aqui!—Buenas noches. (*Vase por la izquierda. Media oscuridad. Un solo candelero queda con luz en una de las mesas del fondo.*)

ESCENA XVI.

GILBERT *y* JULIA.

GILB. (*Entrando por el fondo, como un hombre que ha soportado largo rato una influencia extraordinaria, y que se vé libre de ella.*) ¡Ah!... (*Se quita la corbata, la tira sobre una silla y se sienta en el canapé.*)

JULIA. (*Que lo ha seguido desde el fondo, se le presenta con conviccion y espanto.*) ¿Y bien, Roberto?

GILB. ¡Y bien!... ¿qué?

JULIA. ¡Tú, que desafiabas á la justicia!

GILB. Y la desafio aun. Cuanto ha sucedido esta noche... no es mas que efecto de la casualidad... extraordinaria... si... convengo en ello... pero una casualidad.

JULIA. No por eso hemos temblado y sufrido menos.

GILB. Tú... no digo...

JULIA. ¡Oh!.. ¡y tú tambien!

GILB. (*Levantándose.*) ¿Yo?.. ¡jamás!.. ¡jamás!

JULIA. Entonces... ¿por qué esa palidez?..

GILB. (*Con furia reconcentrada y pasando á la derecha.*) ¡¡Oh!!.. esta mujer me quitará la vida!

JULIA. (*Suplicante y con dolor.*) ¡Roberto!..

GILB. (*Rechazándola.*) ¡Déjame!

JULIA. ¿Es culpa mia despues de todo?.. Es culpa mia si la di-

vina Providencia me recuerda ese crimen... sin cesar, á cada instante, bajo todas las formas?..

GILB. (*Yendo vivamente á ella, mirando á su alrededor y á media voz.*) ¡Mas bajo!

JULIA. (*Bajando la voz.*) ¡No es la casualidad, no, Roberto! ¡La casualidad no es tan cruel, ni despiadada! ¿Es culpa mia, si esta noche, aqui, en mi propia casa, me hallo frente á frente con esa mujer, cuyo solo nombre me hiela de espanto?.. ¿con ese hombre, que estoy segura me seguia á propósito, y que resulta ser un magistrado?..—¡Oh!.. él lo sabe todo...

GILB. ¡Imposible!

JULIA. Entonces... ¿por qué nos ha referido esa historia?

GILB. (*Impaciente.*) ¿Lo sé yo, por ventura?

JULIA. ¡Ah!.. yo lo adivino. Acaso dudaba todavia... ha querido probarnos y convencerse... y se ha convencido!—¡En fin, hasta Plácido, que pudo oirla como nosotros aquella noche fatal, viene á echarnos al rostro esa maldecida balada... cuyas notas resonaban en mi oido como el eco de los clarines del juicio final!...—¡Ah!... una sola cosa me sorprende, y es haber tenido tanta fuerza y valor!

GILB. ¡Vamos... cálmate, comprendo tu temor... y en adelante no recibiremos á nadie... á nadie! Viviremos en el campo si lo prefieres. Yo te amo, Julia mia, con todo el fuego de mi alma, y en hacer tu gusto y tu ventura cifro completamente la mia.—Ven, es tarde, y necesitas algun reposo. (*Coge el candelero, le dá el brazo á Julia y se dirigen hácia la puerta de la derecha. Apenas han dado algunos pasos, el reloj de una iglesia lejana da las doce. Ambos se detienen de pronto con espanto. Julia asida fuertemente del brazo de Gilbert, parece amenazada de una convulsion que no se declara en ella completamente.*)

JULIA. (*Despues de un instante de silencio.*) ¡¡Las doce!!.. (*Brevísimo silencio.*) ¡¡Las doce!!—¿Oyes?... ¡se acerca!... (*Poco á poco, á cada palabra ha ido separándose de Gilbert, y se encuentra á una vara de distancia de él.*)

GILB. ¿Quién?

JULIA. (*Señalando enfrente de sí.*) ¡Él!... ¡el hombre de la casa del Diablo!.. ¡el fantasma de mis ensueños!.. (*Da

un grito y se vuelve rápidamente, llevándose las manos á la cintura como si alguien la hubiese cogido por detrás.) ¡Ah!.. ¡míralo!.. *(Con voz apagada y hueca.)* ¡míralo!.. *(De pronto.)* ¡Ah!.. *(Como si alguien viniese á ella, se refugia y oculta palpitante en los brazos de Gilbert.)*

GILB. *(Despues de un silencio, y haciendo un esfuerzo sobre sí.)* Ven... Julia... ven... no te alarmes. *(Andando con ella.)* Estoy á tu lado... soy yo... ven. *(Al llegar á la puerta de la derecha, otro reloj mas cercano repite la misma hora. Movimiento dominado de ambos personajes, que desaparecen en seguida.)*

ESCENA XVII.

MARTIN, *despues* GILBERT. *La escena queda sola por algunos momentos. Martin asoma la cabeza con gran precaucion, por la segunda puerta de la izquierda. Se supone que lo han despertado los gritos de Julia, y que se ha levantado para averiguar el motivo.—Viste un pantalon muy corto de tela de cuadros, babuchas viejas de tapiceria de colores, un levitin muy corto de faldones, y un pañuelo atado á la cabeza. Sin chaleco ni corbata.*

MAR. *(Imitando con voz baja los gritos de Julia.)* ¡Ah!... ¡Ay!..—¿Qué demonio puede haber ocurrido? ¡Yo que estaba soñando con mi pastelera!..—Es una falta de consideracion... sabiendo que uno duerme á estas horas... Sobre todo, cuando se nos tiene prohibido que acudamos de noche, oigamos lo que oigamos, No, pues lo que es hoy, yo he de saber en lo que el amo pasa las noches. *(Vá de puntillas hácia la derecha, y se detiene de pronto.)* Pero ahora que pienso... de dos cosas, una, ó duerme, ó no duerme Si duerme, la cosa no tiene interés; si no duerme me verá... y estoy expuesto á que me rompa una costilla... lo cual no tendria lances. Pues señor, bien reflexionado, vale mas que me vuelva á la cama. *(Vá á marcharse, y cuando ha llegado al canapé, Gilbert entra en escena y deja el candelero sobre la mesa del fondo. Martin, á quien sorprende la claridad de la luz, se cree perdido, y se oculta detrás del canapé.)* ¡Uif!

GILB. ¡Fatalidad!.. ¡fatalidad!.. *(Se sienta en el canapé y*

apoya la frente en ambas manos.)—Sin embargo... todo lo he calculado bien... ¡y es imposible!.. (*Pausa.*) ¡La mano de Dios!.. ¡no! (*Levantándose.*) ¡La casualidad! (*Mirando á su alrededor.*) ¡Solo!.. ¡Estoy solo! ¡Puedo respirar!.. ¡puedo llorar!.. ¡¡pero no dormir!! (*Al cielo, suplicando.*) ¡Oh! ¡el sueño! ¡el sueño!.. ¡No! ¡el cielo no escuchará mi súplica... porque soy culpable! (*Dominando su agitacion y abotonándose el frac.*) Y bien... no suplicaré.—Mi sombrero. (*Lo coge y se lo pone.*) Vé, Roberto, vé á respirar el aire de tus jardines, á velar por tu tesoro:.. (*Con sentimiento.*) á rondar los balcones de tu pobre Julia!.. (*Haciendo un esfuerzo para dominarse completamente, y desechando con el gesto sus tristes ideas.*) ¡Hagh!.. (*Váse por el fondo.*)

MAR. (*Asomando la cabeza por detrás del canapé, y en voz baja, imitando las exclamaciones de Gilbert.*) ¡Oh!... ¡Ah!... ¡No!... ¡Si! (*Transicion cómica.*) Me vuelvo á á la cama. (*Váse vivamente por la izquierda. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una casa de campo, *hacienda*, en los alrededores de Paris.

PRIMER TÉRMINO.

La fachada de la casa ocupa los dos primeros bastidores de la izquierda. Consta de un solo piso, saliente tres ó cuatro varas sobre la escena, y apoyado en tres gruesas columnas de piedra. Debajo de este cobertizo ó portal está la puerta de entrada, y en medio hay un velador y una butaca de jardin, sobre el velador una bandeja servida con botellas y copas.—El balcon es corrido, saliente y practicable, con barandilla de madera, y rodea la fachada por ambos lados: tiene dos puertas vidrieras, con cortinillas blancas, una enfrente del público y otra sobre la escena. Las columnas y las barandillas del balcon estan vestidas de enredaderas. A la derecha un canapé de jardin, á la sombra de un árbol. Arboles frutales, plantados sin simetria.

SEGUNDO TÉRMINO.

Una altura, ó muro terrizo, en pendiente hasta el tablado, cubierto de verde, á una altura proporcionada y de una vara de ancho. Se extiende desde el bastidor hasta el término que se indicará mas adelante, y sirve de dique á un rio, cuya rápida corriente se precipita hácia la izquierda. De los bastidores de este lado, y formando nivel con el muro terrizo, nace un montecillo, practicable, que avanza dos quintas partes hácia el centro del escenario, de izquierda á de-

recha, con el que se une y donde termina dicho muro. En el otro lado del rio (fondo derecha) domina una parte, tambien practicable, de un monte, que se supone continúa del lado adentro de los bastidores, y del que nace una alegre cascada. En el último término del monte, una ermita, en perspectiva. Un puente rústico, practicable, sirve para dar paso de una á otra altura, y por consecuencia atraviesa el rio diagonalmente. El telon del fondo representa el campo.

ESCENA PRIMERA.

Luisa, Gilbert y Martin. *Luisa, sentada en el balcon que da frente al público, lee un libro que tiene en la mano. Gilbert duerme en el canapé. Martin, sentado en el puente, pesca con una caña. Momentos de silencio, durante los cuales la orquesta toca pianísimo y en sordina la balada de* La Dame Blanche.

Julia. (*Dentro.*) ¡Ah!... (*Grito de dolor. Luisa se levanta inmediatamente con interés y desaparece del balcon. Cesa la música.*)

Mar. (*Cantando á media voz.*)
«Venid, llegad...
pescaditos, venid á picar.» (*Un breve silencio.*)
Desde las cuatro de la mañana en esta posicion... y solo he pescado un guante viejo, con mas boquetes que la blusa de un mendigo. No importa: dicen que me divierto!... (*Cantando.*)
«Pescaditos, venid á picar.» (*Un breve silencio.*)

Gilb. (*Soñando y agitándose en el canapé.*) ¡Socorro!... ¡Acudid!... ¡Socorro!...

Mar. (*Poniéndose de pie.*) ¿Eh?

Gilb. ¡No!... ¡no quiero!...

Mar. ¡El amo!... ¡Le habrá picado alguna tarántula! (*Se apresura á bajar á la escena.*)

Gilb. ¡Socorro!... ¡Socorro!...

Mar. ¡Allá voy!... ¡Allá voy!... (*Gritando.*) ¡Socorro!...

Gilb. (*Despertándose azorado y levantándose con viveza.*) ¡Eh! ¡Esas voces!...

Mar. ¡Soy yo, señor, soy yo!... (*Enarbolando la caña.*) ¿Dón-

de os ha picado?...

GILB. ¡Imbécil! ¿Quién te ha mandado venir?

MAR. Vos mismo, señor, que gritabais para que os socorriese.

GILB. ¿Yo? ¿Es decir que has oido?...

MAR. ¡Digo!... á no haber sido sordo ..

GILB. ¿Y qué es lo que has oido?

MAR. (*Imitándolo en cómico.*) ¡Que me pica!... ¡Socorro!...

GILB. Si... soñaba que el fuego se habia declarado en mi habitacion... Es inútil que refieras á nadie... (*Le da una moneda.*)

MAR. (*Con efusion.*) ¡Ah, señor!... (*Estornuda.*) Vos atacais á menudo mi sensibilidad... Yo no soy digno... (*Ap., mirando la moneda.*) ¡Veinte francos!

GILB. Bien... basta.

MAR. (*Continuando en el mismo tono.*) Yo no soy digno de tantas bondades; y si lo haceis porque no os he recordado nunca aquellos dos francos de marras...

GILB. Se me figura que yo te los he pagado. (*Aludiendo á los beneficios que le ha hecho.*)

MAR. No... no, señor; pero no importa, otra vez será. (*Alargando la mano.*)

GILB. Retírate.

MAR. Señor... el deber de todo buen criado es decir siempre la verdad á sus amos. Estais muy pálido.

GILB. ¿Yo?

MAR. ¡Pero mucho! Es preciso que tomeis unas cuantas tazas de manzanilla; y ya que hemos venido á habitar esta hacienda á media legua de Paris, con objeto de reponer nuestra quebrantada salud, repongámosla, señor, repongámosla.

GILB. Basta he dicho. Déjame solo.

MAR. Obedezco. (*Va hácia el fondo.*)

GILB. ¡Ah! (*Martin se detiene.*) Ve á preguntarle á Faustina cómo ha pasado la señora la noche, y si puedo entrar ahora á verla. Vé.

MAR. Al punto. (*Entra en la casa.*)

ESCENA II.

GILBERT *solo.*

¡Respiro! Nada ha oido, por fortuna. Llegué á temer un instante... (*Pasando lentamente á la izquierda.*) El sueño me sorprendió en ese canapé.. y el cansancio, las zozobras de tantos dias... Me siento sin fuerzas para nada. (*Se sienta en la butaca junto al velador.*) En adelante me encerraré en mi habitacion con llaves y cerrojos... La menor palabra pudiera serme fatal, ahora sobre todo que madama Gautier, cuya afeccion por Julia aumenta cada dia, pasa aqui las noches al lado de la enferma. (*Rendido de cansancio.*) ¡Ah!... apenas puedo tenerme. (*Sirviéndose una copa de vino.*) Un poco de vino me prestará alguna fuerza. (*Bebe. Martin entra al mismo tiempo sin ruido, y se detiene en extremo sorprendido.*)

MAR. (*Ap.*) ¡Ah! (*Esta exclamacion indica que Martin cree haber descubierto la causa que produce en Gilbert el humor que lo domina. En seguida tose para que repare en él.*)

ESCENA III.

GILBERT *y* MARTIN.

GILB. (*Volviendo la cabeza*) ¡Ah!... Eres tú. (*Se levanta y baja al proscenio.*) ¿Y bien?

MAR. (*Que no ha dejado de mirarlo con sorpresa.*) Parece que la señora no ha pegado los ojos en toda la noche; pero que en este momento ha conseguido conciliar un poco el sueño.

GILB. (*Ap.*) ¡Oh! ¡La noche!

MAR. (*Ap.*) ¡Es aficionado! (*Gesto de bebedor. Se oye sonar una campanilla.*)

GILB. ¿Eh? Llaman á la puerta de la verja. ¿Quién puede ser á estas horas?

MAR. Voy á verlo, señor.

GILB. Ya sabes que no estoy en casa sino para dos ó tres de mis amigos.

MAR. Descuidad. (*Ap., yéndose.*) ¡Es aficionado á lo fino! (*Váse.*)

GILB. (*Inquieto.*) Jamás ha venido nadie tan temprano... jamás. Es preciso que algun motivo imperioso... (*Colérico contra sí.*) ¡Siempre mis pueriles temores!

ESCENA IV.

GILBERT, PLACIDO *y* CARLOS.

CARL. (*Entrando.*) ¡Salud, filósofo ilustre!

PLAC. Buenos dias, Roberto.

GILB. ¿Qué significa esta visita tan de mañana?

CARL. ¡Oh!... no hay para qué alarmarse por tan poco.

GILB. Sorprendido querrás decir, no alarmado.

CARL. Sea.

PLAC. Hé aqui la explicacion del enigma. Hemos pasado una noche deliciosa...

CARL. Yo en el campo, en un baile de grisetas.

PLAC. Y yo en mi trabajo.

CARL. ¡Una coleccion de chicas!...

PLAC. ¡Qué noche de inspiracion... de fantasia!... Total, una obertura á grande orquesta, que ha de producir el mayor entusiasmo. Muellemente mecido por mi gran motivo, acabé por dormirme, en medio de los bravos y los aplausos...

CARL. Exactamente como yo, con la diferencia de que el sueño me sorprendió en un bosquecillo...

GILB. (*Con un suspiro involuntario.*) ¡Dichosos vosotros!...

CARL. ¿Qué? ¿Acaso has tenido esta noche alguna pesadilla?..

GILB. ¿Yo? ¡Qué disparate! He dormido muy bien.

CARL. ¡Ah!... Antes que se me olvide. Te anuncio para hoy la visita de monsieur Fremont: ya sabes... monsieur Fremont.

GILB. Si... si... aquel privilegiado narrador...

CARL. Desea vivamente volverte á ver...

GILB. Con el mayor gusto. Pero volviendo á vosotros: ¿cuál es el motivo?...

PLAC. Nos hemos encontrado en los Campos Eliseos, este de vuelta de su expedicion, yo componiendo una romanza de tiple. Hablamos de tí, y resolvimos venir á informarnos de la salud de Julia y llevarte con nosotros

almorzar.

GILB. ¡Ah!... con mil amores.

MAR. (*Saliendo de la casa.*) Señor... señor... El ama acaba de despertarse y ha preguntado por vos. Parece que la calentura ha aumentado, segun dice Faustina.

GILB. Está bien... voy al instante. (*Martin permanece en e fondo.*)

PLAC. ¿Pero es posible que Julia no encuentre alivio ni en me dio de este aire puro, de esta vegetacion tan animada?

GILB. No, amigo mio: desde hace algunos meses, ya lo sabes, desde el nacimiento de nuestro hijo, sobre todo, se ha apoderado de ella una debilidad tal, que parece como que la vida va á abandonarla á cada instante... Y si hubiera de creerse á los médicos, una fuerte emocio n bastaria... ¡Ah! esta sola idea... (*Enjuga una lágrima.*) Pero me espera... permitidme que me separe de vosotros por breves instantes.

PLAC. No dejes de decirla que hemos venido á saber...

GILB. Descuidad. (*Entra en la casa.*)

ESCENA V.

PLÁCIDO, CARLOS *y* MARTIN. *Martin ha cogido una de las botellas y la mira al trasluz.*

CARL. (*A Plácido.*) ¿Pero has conocido en tu vida un hombre mas original? En vano me devano los sesos en buscar el motivo... Nada; me pierdo...

PLAC. Pues haz como yo; no busques.

CARL. Daria cualquier cosa por saber...

MAR. (*Que se ha ido acercando á ellos poco á poco. Bajo.*) ¡Yo creo haberlo descubierto!

CARL. / PLAC. (*Volviéndose vivamente.*) ¿Eh?

MAR. (*Haciendo gestos para que bajen la voz.*) ¡Chist!.. ¡Chist!.

CARL. (*Cogiéndolo de la mano y con curiosidad.*) ¿Luego hay algo?

MAR. ¡Chist!.. (*Muy confidencialmente.*) ¡El amo tiene una pasion!

CARL. ¡Ya estaba yo seguro!.. ¿Y cuál es?

MAR. Una noble pasion, eso si.

PLAC. Habla.

MAR. El amo se achispa de ocultis.

PLAC. } ¡Imposible!
CARL.

MAR. Es un bebedor misterioso y solitario.

PLAC. ¿Deliras?

MAR. (*Cogiendo una botella casi vacia.*) Hé aqui la prueba... Anoche la dejé llena hasta el cuello... Y aquella otra no tiene gota.

PLAC. } ¡Será posible!..
CARL.

MAR. Y no es esta la primera vez que he notado... pero hoy lo he sorprendido *infraganti*, en conversacion muy tirada con esta botella!

PLAC. ¿Pero estás bien seguro?..

MAR. ¿De que esto es vino? En efecto, puede ser que... (*Se bebe el resto de la botella.*) Pues lo es, si, señor; y del añejo. (*Va á dejar la botella en su sitio. Carlos y Plácido míranse con asombro.*)

CARL. (*Cruzándose de brazos.*) ¿Y bien?

PLAC. Confieso que me ha sorprendido... ¡Cómo habia de figurarme!..

CARL. ¡Pues y yo! Un hombre que no bebia mas que agua.

PLAC. Acaso lo haga por su salud.

CARL. O para aturdirse.

PLAC. ¿Con qué objeto?

CARL. ¡Ah!.. eso es lo que no sabemos.

GILB. (*Dentro.*) No tardaré: te lo prometo.

MAR. (*Viniendo vivamente á ellos.*) ¡Es él! ¡No me descubrais! (*Gilbert aparece.*)

PLAC. (*A Gilbert.*) ¿Y bien?..

GILB. (*Con emocion.*) ¡Oh!.. ¡Es una cosa horrible! ¡Verla sufrir de ese modo, sin poder!..

CARL. Es decir que no tendremos el gusto...

GILB. Si, Julia quiere absolutamente que me distraiga un poco, me lo ha exigido, y yo mismo... Pero ya comprendeis que no podré estar ausente mucho tiempo.

CARL. Entraremos en la primera fonda que encontremos al paso.

GILB. Cuando querais.

PLAC. } ¡Vamos! (*Van hácia el fondo derecha. Plácido le da el*
CARL. } *brazo á Gilbert.*)

PLAC. Ya verás cómo este paseo te hace bien.

MAR. (*Bajo á Carlos deteniéndole.*) Tenedlo, por Dios, de la mano. No olvideis que ya ha tomado la mañana.

CARL. ¡No hay duda que tú puedes hablar!.. Y te has bebido media botella para paladearlo. (*Váse riendo detrás de Gilbert y Plácido. Los tres desaparecen por el fondo izquierda.*)

MAR. (*Con indignacion.*) ¡Media botella! ¡Y apenas habia para mojar un diente! Es verdad que antes me habia reparado con dos buenos vasos de Burdeos... ¿Pero le consta eso á alguien? ¿Quién es ese señor para permitirse?... Despues de todo, me alegro que vengan de vez en cuando... porque al menos vé uno gente de buen humor. Esta casa parece una sucursal del cementerio de Montmartre. El año tiene siempre el aire de un buho epiléctico, y la señora está constantemente enferma, delirante y...

JULIA. (*Dentro llamando.*) ¡Martin! ¡Martin!

MAR. ¡Tate! ¡Aqui viene! Se conoce que la cama empieza á fastidiarla.

ESCENA VI.

MARTIN, JULIA y LUISA. *Julia vestida con una bata blanca. Su fisonomia y su palidez demuestran sus sufrimientos. Viene cogida del brazo de Luisa.*

JULIA. ¡Martin!

MAR. ¡Señorita!

JULIA. ¿El amo no ha vuelto todavia?

MAR. ¡Todavia! Pues si no ha hecho mas que salir...

JULIA. Tienes razon... No sé lo que me digo. (*Ap.*) ¡Sola! ¿Por qué me deja sola?..

LUISA. Sentaos. Ya sabeis que la fatiga os causa mucho mal.

JULIA. (*Mirándola con gratitud.*) ¡Gracias! Ahora me siento mejor. (*Pasa lentamente al otro lado de la escena. Martin junta ambas manos en señal de compasion hácia Julia. Luisa le hace una seña para que se retire. Martin obedece. Julia se ha sentado en el canapé.*)

MAR. (*Ap. yéndose.*) Y esta buena señora, que desde hace mas de un mes no deja de venir todos los dias... (*Váse por el fondo izquierda.*)

LUISA. (*Yendo por detrás del canapé.*) Y bien... mi buena amiga: francamente; ¿cómo os sentis esta mañana?

JULIA. (*Tendiéndole la mano.*) ¡Siempre muy débil!—Pero no es justo que paseis asi las noches á mi cabecera. Descuidais ademas vuestras lecciones, y los discípulos se quejan con razon...

LUISA. ¡Oh!.. No os ocupeis de eso: ademas, hoy es domingo, y puedo consagraros todo el dia. ¡No soy ante todo vuestra amiga! (*Julia, que no le ha soltado la mano, la va trayendo cariñosamente hasta sentarla á su lado.*)

JULIA. ¡Si... si! Es cierto. Una amiga tierna, compasiva!...—¡Si supierais todo el bien que me hacen vuestros consuelos!.. ¡Soy tan desgraciada!

LUISA. No: enferma solamente; el mal es mucho, sin duda; pero las enfermedades... se curan.

JULIA. Si: las enfermedades del cuerpo: pero, las del alma...

LUISA. Tambien hay médicos para el alma; y esos curan siempre á sus enfermos. Yo soy un ejemplo de ello: ¿qué mujer ha sido mas experimentada que yo por la suerte? Yo habia dado toda mi confianza, toda mi vida, á un hombre que estimaba... que amaba, mientras lo juzgué digno de este amor, y á quien no pude aborrecer, cuando me convencí de su perfidia. ¡Ese hombre ha muerto!.. ¡Muerto de una manera horrible!! (*Movimiento de Julia.*) ¡Oh!.. No es eso todo. Yo era rica, acostumbrada no solamente á la independencia, sino al lujo, á los placeres... En un solo dia quedé pobre... ¡Casi sin pan! Para vivir, he necesitado dar lecciones de un arte, que habia aprendido para mi recreo, para brillar en la sociedad. A ese extremo estoy hoy reducida. Y todo lo he soportado sin desmayar... sin quejarme, porque tenia en mí misma lo que sostiene, lo que consuela, lo que regenera... la religion!

JULIA. ¡La religion! ¡Oh! ¡Si! Teneis razon.—¿Vos creeis en ella, no es cierto?

LUISA. ¡Que si creo en ella!

JULIA. La religion que nos enseña que hay un castigo...

LUISA. Yo creo, sobre todo, que hay recompensas.

JULIA. Pero en fin, para aquellos que han cometido una grave falta... un crimen?..

LUISA. Para esos hay el arrepentimiento...—Despues el perdon.

JULIA. ¡El perdon! ¡Es decir, el reposo! ¡Ah!.. si yo me atreviera á llamar un sacerdote... Pero no: Roberto no quiere.

LUISA. ¿Cómo?

JULIA. ¡Él no cree en nada!... y debo someterme.

LUISA. Eso os lo dirá á vos.

JULIA. ¡Oh!.. lo piensa asi, en efecto.

LUISA. Pues se engaña á sí propio.

JULIA. Tanto me lo ha repetido, que algunas veces he llegado á dudar...

LUISA. (*Vivamente.*) ¡No, Julia!.. ¡No dudeis!

JULIA. ¡No!.. ¡jamás! Y tanto es asi, que desde hace algun tiempo, no solamente sufro en este mundo, sino que sufro tambien en el otro... por el pensamiento, que me trasporta á pesar mio... por el temor del castigo, de los tormentos! (*Levantándose con esfuerzo y arrodillándose despues lentamente.*) ¡Dios mio!.. ¡me confieso á vos!.· ¡me arrepiento!.. ¡me arrepiento!.. ¡perdonadme!

LUISA. (*Ap.*) ¡Oh!.. ¡La fiebre vuelve á apoderarse de ella! (*Alto.*) ¡Julia! (*Queriéndola levantar.*)

JULIA. (*Cogiéndola ambas manos y mirándola con fijeza.*) ¡Oh!.. ¡Perdonadme vos tambien, señora... perdonadme!

LUISA. (*Levantándola con cariño y haciéndola sentar.*) Si yo tuviera algo que perdonaros, estad segura que no titubearia un solo momento, y que uniria mis súplicas á las vuestras para que Dios aceptara vuestro arrepentimiento. Pero ningun mal me habeis hecho... al contrario. Vamos, serenaos; el dolor os extravia.

JULIA. ¿Cómo? ¿Ese perdon... no me lo rehusariais?

LUISA. Os lo daria con todo mi corazon.

JULIA. ¡Oh! . ¡gracias! ¡gracias!—Ya lo veis; despues de haberos oido, despues de haber rogado á Dios, me siento mucho mas tranquila.—Nunca dejareis de venir á verme como ahora, no es cierto?

LUISA. Si... pero sobre todo esperad en Dios. ¿No os ha dado ya una prueba de su bondad?.. ¿No sois madre, Julia?

JULIA. (*Cuya fisonomia recobra nueva vida.*) ¡Mi hijo!—¡Pobre hijo mio!—Ya lo sabeis: no me han permitido verle todavia. ¡Los médicos ordenaron esta separacion, apenas la infeliz criatura hubo venido al mundo! ¡Pero está con la nodriza á media legua de aqui, y espero que muy pronto!..

LUISA. Si, muy pronto. Pero para ello es preciso que repongais antes vuestras fuerzas. En vuestro estado actual, semejante emocion pudiera seros funesta.

JULIA. Si... si: yo procuraré...—¡Mi hijo!.. ¡Él es toda mi esperanza! Y pues que Dios me ha dejado vivir... ¡Ah!... ¡Teneis razon, ese niño es para mí el perdon del cielo!

ESCENA VII.

DICHAS, GILBERT *y* PLÁCIDO.

JULIA. (*Con alegria.*) ¡Roberto!..

GILB. Ya ves que no he tardado, Julia mia. (*Le coge de la mano.*)

PLAC. (*A Julia.*) ¿Cómo va esa salud?

JULIA. (*Tendiéndole la mano.*) ¡Plácido!...

GILB. ¿Cómo te sientes?

JULIA. ¡Mejor... mucho mejor!..—Gracias á mi amiga. (*Mirando cariñosamente á Luisa.*)

PLAC. (*Dándole la mano á Luisa y dirigiéndose á Gilbert.*) Es un corazon de ángel! ¡Es una artista!

LUISA. (*A Gilbert, sonriéndose y refiriéndose á Plácido.*) Galante, como un poeta... y bueno, como un compositor.

GILB. Me siento hoy mas animado que nunca; no sé por qué, pero... (*A Julia.*) Pregúntale á Plácido; él te dirá cómo me he portado en el almuerzo, y cómo me he reido. (*Su mirada se encuentra con la de Julia.*) ¡Oh!.. ¡Perdóname! ¡Tú sufriras entre tanto! ¡Pobre esposa mia! (*Cogiéndole y besándole ambas manos.*) ¡Perdóname!

JULIA. (*Conmovida.*) ¡Roberto!..

GILB. (*Arrodillándose poco á poco á sus pies.*) ¡Si supieras cuánto te amo! ¡Si solamente pudieras llegar á figurarte!.. (*A Luisa.*) Dispensadme, señora, nuestro amores nuestra sola dicha. ¡ emos atravesado juntos dias de prueba , y él nos ha sostenido y consolado!—Tú lo sabes, Plácido, tú has sido buen testigo... y hoy... ¡hoy todavia!..—¡Oh! ¡Te amo mucho, Julia... si, mucho! (*En extremo conmovido y apoyando su frente en las manos de Julia, como para ocultar sus lágrimas.*)

JULIA. ¡Roberto!... ¡mi pobre Roberto!..

GILB. ¡Oh!... ¡si yo pudiera devolverte la salud... la felicidad!...

JULIA. (*Como quien aprovecha una ocasion favorable.*) Tal vez haya un medio.

GILB. ¿Cuál?... no: espera... lo adivino. Nuestro hijo.

JULIA. Si... si...

GILB. Yo tambien he abrigado esa esperanza... y sin decírtelo, proponiéndome haberte preparado antes...

JULIA. ¡Oh!... acaba.

GILB. He escrito á la nodriza hace dos dias... y lo tendremos aqui dentro de una semana.

JULIA. (*Pareciéndole largo el plazo.*) ¡Una semana!... ¿y si de aqui á entonces?...

GILB. (*Vivamente, con horror, y llevando su mano á los labios de Julia.*) ¡Julia!...

PLAC. / LUISA. ¡Oh!... (*Al mismo tiempo que Gilbert, y acercándose á ella.*

GILB. ¡Calla!... ¡calla!... Escribiré de nuevo... le diré que mañana....

JULIA. ¡Mañana!... aun me parece tarde, Roberto.

GILB. ¿Y si yo fuese ahora mismo? ¿Si esta noche?...

JULIA. (*Levantándose.*) ¡Esta noche!....

LUISA. (*A Julia.*) Calmaos.

GILB. Pero es preciso que me ofrezcas ser razonable.

JULIA. Si... si; te lo prometo.

GILB. Voy á partir al instante, Julia... ¡Voy por nuestro hijo!

JULIA. (*Yendo á él y cayendo en sus brazos.*) ¡Ah! ¡Roberto!... ¡Roberto!... ¡me has salvado!

GILB. Amigos mios, quedaos... permaneced á su lado hasta mi vuelta. Hoy todo es aqui alegria. (*A Julia.*) ¡Oh!.. ya lo ves: ¡aun podemos ser dichosos! (*Váse precipitadamente por el fondo izquierda. Luisa se apresura á sostener á Julia, y entre ella y Plácido la conduoen al canapé.*)

ESCENA VIII.

JULIA, LUISA *y* PLÁCIDO.

JULIA. (*Yendo hácia el canapé.*) Si... aun podemos serlo. ¡Vé... no tardes... porque es la vida lo que va á traerme mi hijo!

LUISA. ¡Amiga mia!...

PLAC. ¡Tened, por Dios, mas juicio!

JULIA. ¡Oh!... no temais.

LUISA. El médico os ha recomendado...

JULIA. Si, el médico dice que la menor emocion podria serme

fatal: pero no ha hablado de la dicha.... la dicha no mata.—Miradme... he recobrado mi animacion, respiro con libertad... ¡Voy á verlo!... ¡voy á ver mi hijo!

LUISA. (*Bajo á Plácido.*) ¡Es una resurreccion!

PLAC. (*Idem á Luisa.*) ¡Si... si... se ha salvado!

JULIA. Venid, Plácido: habladme de vuestras esperanzas, de vuestro porvenir. ¿Escribis mucho ahora? Recordad alguna vez los cantos á los niños: ¡es tan bella la infancia!...

MAR. (*Saliendo de la casa.*) ¡Señora!... ¡señora!...—Esta si que es buena!— El amo acaba de salir como un rehilete... y hé aqui ahora la nodriza que entra por la otra puerta.

JULIA. (*Levantándose.*) ¿Con mi hijo?

MAR. ¡Cabal! Yo le he besado los mofletes, y Faustina lo ha llevado á vuestro cuarto.

JULIA. ¡Es posible!...

MAR. Lo ha metido en la camita.... y le está cantando la rorra.

JULIA. Corramos... quiero verlo...

LUISA. (*Conduciéndola.*) Venid, venid.

JULIA. (*La emocion la hace vacilar.*) ¡Ah!...

PLAC. (*Corriendo á su auxilio.*) ¡Cielos!

LUISA. (*Sosteniéndola.*) ¿Qué teneis?

JULIA. No... no es nada... La emocion... Vamos.

LUISA. (*Ap.*) ¡Pobre madre! (*Entran en la casa.*)

ESCENA IX.

PLÁCIDO *y* MARTIN.

MAR. (*Frotándose las manos.*) ¡Ajháa! ¡Ya tendremos ruido en casa! ¡Y á mí que me gustan tanto los chicos! (*Como acariciando á un niño.*) ¡Ahajo!... ¡Abjo!... (*De pronto y cambiando de fisonomia.*) Si, pero si fuera cierto lo que me ha dicho la nodriza!...

PLAC. ¿Qué?

MAR. Que ese niño no es como todos los niños...

PLAC. ¿Eh?

MAR. Que hace constantemente asi... (*Haciendo un gesto de horror, acompañado de un sacudimiento nervioso.*) Y luego asi. (*Haciendo otro gesto.*) En fin, que no quiere

criarlo mas, y viene á dejárselo á los padres. La verdad es que tiene la cara de un hombre, y dos ojazos azules y tan abiertos... (*Grito de espanto de Julia, dentro.*)

LOS DOS. (*Yendo hácia la puerta.*) ¿Qué es eso?

ESCENA X.

DICHOS, JULIA *y* LUISA.

JULIA. (*Saliendo precipitadamente, y fuera de sí.*) ¡Gautier!... Gautier!!...

PLAC. (*A Luisa, que sale asombrada.*) ¿Qué sucede?

LUISA. ¡Ese niño!..

PLAC. ¿Y bien?

LUISA. ¡Es la imágen de mi esposo!

JULIA. (*Cayendo en el canapé.*) ¡Gautier!!

LUISA. (*Yendo á Julia.*) ¡Señora!..

JULIA. ¡No me interrogueis!.. no trateis de comprender!.. —¡Oh!... alejadlo... alejadlo por piedad, y que yo no le vea... ¡Su vista me mata!... ¡me mata!

PLAC. Martin... pronto... Roberto no puede estar muy lejos... Aun puedes alcanzarlo... vé...

MAR. Volando. (*Váse corriendo por el fondo izquierda.*)

JULIA. (*Casi delirante.*) ¡Está ahí!... ¡y no tengo fuerzas para ocultarme! Una mano de hierro me sujeta á pesar mio! —¡Oh!... ¡estoy maldecida de Dios!!

PLAC. (*Bajo á Luisa.*) ¿Qué misterio horrible encierran sus palabras?

LUISA. (*Bajo á Plácido.*) ¡Partid!... no pensemos ahora sino en salvarla.

PLAC. Teneis razon. Corro á llamar un médico. (*Váse corriendo por la izquierda.*)

JULIA. ¿Un médico? ¡No! Un confesor! Yo no podia vivir sino para mi hijo. Este último golpe... ¡Oh! lo siento aqui, ¡es la muerte! ¡y no quiero morir asi!—Escuchad: Roberto no volverá antes de esta noche... Vos no le direis nada, no es cierto? ¡Oh!.. ¡nada! ¡Me mataria!

LUISA. ¡Julia!...

JULIA. No me interrogueis, os lo repito: no trateis por Dios de comprender... —En nombre del cielo... ¡un confesor! no os detengais... Partid... ó llegaria demasiado tarde!

LUISA. (*Obedeciendo á un sentimiento de conciencia y caridad.*) ¡Oh!... (*Váse precipitadamente por la izquierda.*)

JULIA. (*A Luisa que se aleja.*) ¡Gracias!... ¡Oh! ¡gracias!

ESCENA XI.

JULIA *sola.*

¡Se aleja!... Lo encontrará... si, lo encontrará.—Dios mio! concededme todavia una hora!.. nada mas que una hora! — Yo no aconsejé ese crímen, vos lo sabeis... yo no lo he cometido. No es que quiera hacerlo pesar todo él sobre Roberto; no, tambien tengo mi parte... pero he llorado... ¡he sufrido tanto!... Vos lo sabeis: en aquella casa de maldicion no habia una santa imagen que nos defendiera y nos inspirara. ¡Perdon, Dios mio! ¡y haced que vuestro ministro llegue á tiempo para que yo pueda morir como cristiana! (*Escuchando.*) ¡Ah!... ¡me habeis oido... y teneis piedad de mí! ¡Es él!... (*Cambiando de semblante, y dando un grito de espanto.*) ¡Roberto!.. ¡Rober!.. (*Ocultando su rostro entre ambas manos. Ha quedado en la izquierda.*)

ESCENA XII.

JULIA *y* GILBERT.

GILB. (*Entrando.*) Y bien, si; yo soy. ¿Qué te pasa? (*Deja el sombrero sobre el velador y viene al centro de la escena.*)

JULIA. (*Ap.*) ¡Si llegase ahora!

GILB. (*Dichosamente.*) Martin me ha alcanzado á tiempo. Nuestro hijo está ahí... (*Yendo hácia la casa.*) ¡Tanto mejor!

JULIA. (*Impidiéndole el paso.*) ¡No!... (*Ap.*) Que no le vea!... ¡que no lo vea!

GILB. ¿Eh?... Acaban de decirme que la nodriza...

JULIA. Ha venido... sí... pero sola.

GILB. Martin me ha asegurado, sin embargo...

JULIA. Lo habrás entendido mal. Nuestro hijo está enfermo... si, eso es; muy enfermo... y es preciso ir á verle hoy mismo, inmediatamente. (*Presentándole el sombrero.*) Ve, Roberto, ve: no te detengas.

GILB. Bien... si; dentro de un instante.—¿Y nuestros amigos, á quienes te dejé tan recomendada?

JULIA. Me sentí mejor, y les rogué yo misma... Pero he visto que me engañaba: sobre todo, despues de esa triste nueva... Tenias razon: necesito un médico... una consulta... Y si quisieras ir ahora mismo...

GILB. Descuida: no te alarmes: eso no será nada. (*Saca su cartera y se sienta al velador.*)

JULIA. ¿Qué haces?

GILB. No quiero dejarte sola en ese estado, y voy á escribir algunas líneas para que Martin...

JULIA. (*Ap., con desesperacion.*) ¡Oh, Dios mio!

GILB. (*Que la ha oido, dice para sí.*) ¿Eh? (*La observa.*)

JULIA. (*Ap.*) ¡Va á venir!... ¡va á venir!

GILB. (*Levantándose de pronto, pero sin dejar el puesto.*) Tú esperas á alguien.

JULIA. ¿Yo? (*Volviéndose á él.*)

GILB. (*Bajando al proscenio.*) Si. ¿A quién esperas?

JULIA. (*Titubeando.*) A nadie.

GILB. Es inútil que me lo niegues. Esa turbacion... tu insistencia en alejarme...

JULIA. (*Súbitamente y con gran resolucion.*) Pues bien: ¡mátame, si quieres! ¡qué me importa! ¡Roberto... espero un sacerdote!

GILB. ¡Aquí!... A pesar de mis órdenes!

JULIA. ¡A pesar de todo!—Yo no te acuso de haberme perdido en este mundo, Roberto, no!... ¡Todo cuanto he sufrido... te lo perdono: pero no quiero sufrir en la eternidad! ¡quiero salvar mi alma!

GILB. (*Exaltándose.*) ¡Siempre con lo mismo! El alma... la eternidad...

JULIA. (*Volviendo el rostro, y sin quererlo escuchar.*) ¡Calla... calla! ¡Me das miedo!... y me haces temblar por tí. No pronuncies una sola palabra, porque seria inútil. Yo solo sé que hay un Dios!.... (*Juntando ambas manos y mirando al cielo.*) ¡Que hay un Dios justo... y misericordioso!

GILB. ¡Pero reflexiona, desdichada!...

JULIA. (*Sin cambiar de posicion.*) ¡Lo siento... lo veo... y creo en él!

GILB. (*Furioso.*) ¡Julia!... de qué proviene esa exaltacion?... habla: ¿de qué?

JULIA. ¿Quieres saberlo?

GILB. (*Con fuerza.*) Si.

JULIA. ¿Quieres?

GILB. (*Idem, interrumpiéndola.*) ¡Si!

JULIA. ¡Pues bien... sea! Nuestro hijo... nuestra última esperanza!... Te he dicho que estaba enfermo.

GILB. (*Con ansiedad y espanto.*) ¿Ha muerto?

JULIA. (*Vivamente.*) ¡No, esa gran desgracia no seria aun bastante para castigar nuestro crimen!.. ¡Está allí! ¡Pero Dios ha hecho de él un monumento vivo... eterno!...

GILB. (*Interrumpiéndola y con desesperacion.*) ¡Ah!... tu razon se extravia!... y es imposible comprender...

JULIA. ¿Mi razon se extravia?... Vé, Roberto, vé á verlo... vé á ver á tu hijo; y si despues desconoces aun la mano de Dios... ¡Oh!.. te desafio... ¡Vé!

GILB. (*Dando un paso hácia ella como para calmarla.*) ¡Julia!... (*Julia ha extendido el brazo, y le muestra la habitacion.*) Y bien... sepa yo de una vez... (*Entra en la casa precipitadamente.*)

ESCENA ULTIMA.

JULIA, *despues* FREMONT, *despues* GILBERT, *despues* LUISA, PLÁCIDO *y* MARTIN.

JULIA. (*Próxima á desfallecer.*) ¡Ah!... ¡Este golpe es el último!... Siento que el alma quiere desprenderse... (*Llevándose una mano al pecho y otra al cerebro.*) ¡La muerte!... (*Breve pausa.*) ¡Si!... ¡esta vez es la muerte! ¡Y no me he confesado!... ¡y!... (*Escuchando.*) ¡Oigo pasos!... (*Da algunos pasos hácia el fondo izquierda, inclinada para escuchar, pero sin mirar al interior.*) ¡Es él, sin duda!... ¡Es él!... (*Le faltan las fuerzas y cae de rodillas.*) ¡Acudid, padre mio!... ¡acudid!... (*Fremont entra al mismo tiempo, Julia lo cree el confesor, y se arrastra hasta él cruzando las manos.*) ¡Piedad! ¡Perdon!

FREM. (*La coge las manos para levantarla, Julia apoya su frente en las de Fremont*) ¿Piedad? ¡Perdon! ¿De qué quereis que os perdone, señora?

GILB. (*Saliendo de la casa, y deteniéndose de pronto en la puerta como aterrado, pero sin ver á los dos personajes que

estan mas hácia el fondo.) ¡Tenia razon! ¡Es el castigo!.. ¡el tormento!

JULIA. (*A Fremont.*) ¡Perdonadme!... perdonadme.

GILB. (*Viéndola y yendo á ella.*) ¡Julia!

JULIA. (*Lo reconoce con espanto, se levanta con esfuerzo apoyada en las manos de Fremont, á quien no ha mirado aun, y queriendo guarecerse en los brazos de este.*) ¡Roberto!

GILB. ¡Infeliz!... (*Indicándole á Fremont.*)

JULIA. (*Vuelve la cabeza de pronto, reconoce á Fremont y se retira de él con espanto y fuera de sí.*) ¡¡Ah!!... (*Grito de muerte. Cae en los brazos de Gilbert.*)

GILB. ¡Socorro!... ¡socorro!... (*Fremont se apresura á socorrerla, y ambos la conducen á la butaca que está junto al velador.*) ¡Julia!... ¡Dios mio!... ¡Lo que los médicos me han dicho!... ¡Si fuese!.. ¡Julia!.. ¡Responde! ¡responde! (*La pone una mano en el corazon y otra en la frente. Se retira en seguida de ella con horror, como quien toca un cadáver.*) ¡Ah!.. ¡muerta! ¡¡muerta!! (*Se apoya en la primera columna del soportal, y rompe en un llanto convulsivo.*)

LUISA.
PLAC.
MAR. } (*Entrando.*) ¡Muerta! (*Rodean el cuerpo de Julia.*)

GILB. ¡Si... muerta! ¡devorada por la desesperacion!.. ¡por los remordimientos!

FREM. (*Ap.*) ¿Qué dice?

GILB. (*A Fremont.*) ¡Ah!... ¡Teniais razon, los acasos providenciales hacen que tarde ó temprano se descubra el crimen!

FREM. ¡Caballero!...

PLAC. (*Viniendo á él para calmarle.*) ¡Amigo mio!..,

GILB. (*Reconociéndolo.*) ¡Plácido!... (*Mirando á su alrededor y fijándose en Julia.*) ¡Oh!... mírala... ¡mira la infeliz!... (*A Fremont continuando la idea comenzada.*) Pero hay mas que eso aun, ¡hay la conciencia misma del asesino!... ¡hay los remordimientos!... ¡la expiacion!

FREM. Explicaos.

GILB. Sufra yo, pues, al fin la expiacion de mi crimen, ante los hombres primero, ante Dios despues... (*Enternecido y mirando á Julia.*) y que mas tarde me permita reunirme á ella, que ha sido buena é inocente. ¡Yo me arrepiento, Dios mio! ¡me arrepiento... y creo! (*Queriendo ir á

Julia.) ¡Julia de mi alma!.. ¡Julia!..

TODOS. (*Menos Martin, colocándose delante del cadáver.*) ¡Deteneos, infeliz!

GILB. ¡Si!.. ¡ya es tarde!—A vos, digno magistrado, el cumplimiento de vuestra santa mision. ¡Yo soy el asesino de Gautier!

TODOS. (*Con espanto.*) ¡¡Oh!!... (*Gilbert ha quedado aislado en el centro de la escena. Fremont se adelanta á él con imponente dignidad, y le pone la mano en el hombro, manifestando con esta accion que Gilbert queda en poder de la justicia; Luisa ha apartado de él su vista con horror, y se ha llevado la mano izquierda á los ojos, en tanto que Plácido, que ha seguido el mismo primer movimiento, le ha cogido la derecha en señal de compasion. Todo este juego escénico, al mismo tiempo que la exclamacion general. Cae el telon lentamente, pero sobre la última palabra.*)

FIN DEL MELODRAMA.

Habiendo examinado este melodrama, no hallo inconveniente en que se autorice su representacion.

Madrid 24 *de Agosto de* 1858.

El Censor interino de Teatros,

ANTONIO ARNAO.

NOTA IMPORTANTE.

Este drama, que se titula en francés «*Le Pont Rouge*» es original de MM. Deslys y Barbara, los cuales han dado al Sr. don José de Olona la competente licencia, con arreglo á la ley, para que pueda traducirlo ó acomodarlo á nuestra escena, y hacerlo representar en los teatros de España y sus posesiones, con exclusion de toda otra traduccion ó arreglo de la misma obra, que se consideraria por consecuencia como clandestina, y que seria denunciada y perseguida ante los tribunales del reino.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

r á Madrid.
ra á tu victima!
ue te cases.

ual ama á su modo.
o y Pipelet, ó las desgracias
portero.

es, sustos y enredos.
ucas y dos pares de anteojos.
nero á Ministro.
o pata de anafe.
aridos! qué ventura.
m tremens.

l de cachemira.
r de las desdichas, ó D. Her-
nes.
e de Bailen, *Loa y Corona*
ca.
icio de Tántalo.
e Febrero.
ete.
r por la ventana.
tino.
re del hijo de mi mujer.
o ó yo.
njuez y en Madrid.
ine y el Montero.
r amigo, un duro.
o del Ministro.
latanismo.
ote está el busilis.
loco.
de hacerse amar.

r liebre.
ca parda.

encia de un poeta.
ma noche de Camoens (*tra-*
o).

La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los Quid pro Quos.
Lluvias del estio.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.

Simpatia y antipatia.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiriterò.

El pilluelo de Paris. *Segunda parte.*
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreur.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.

Cocinero y Capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos, despecho y amor.
Conde, Ministro y Lacayo.
Corona y tumba, ó el reinado de Sigerico.

Duda en el alma, ó el Embozado de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio.

Entre bobos anda el juego.
El Gran Duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El Conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El Caballero de Harmental.
El Cardenal es el Rey.
El Castellano de Tamarit.
El Castillo del Diablo.
El conde de Monte-Cristo. *Primera parte.*
El conde de Monte-Cristo, *Segunda parte.*
El conde de Hernan.
El correo de Lion, ó el asalto de la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madre.
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo negro.
El genio contra el poder, ó el Bachiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El Judio errante.
En el crimen vá el castigo, ó la Condesa de Portugal.
En 1830.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.

Eugenia.
Eulalia.
El egoista.

Fea y pobre.
Francisco el inclusero.

Honra por honra.

Isabel Segunda.

Juana de Arco.
Juana de Nápoles.
Judit.
Juicios de Dios.
Julieta y Romeo.

Los fanfarrones del vicio.
La Baltasara.
La hiel en copa de oro.
Lorenzo me llamo, ó carbonero de Toledo.
Los amores de la niña.
La campana vengadora.
La crisis.
La alegria de la casa.
Las mujeres de mármol.
La corte del Rey poeta.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La Duquesa de Iprest ó Genoveva de Brabante.
La Duquesa ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre. *Segunda parte de Vilfredo el Velloso.*
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo (magia).
Luisa Miller.
La casa del diablo.

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esm
Nadie diga de esta agua no b

Oráculos de Talia, ó los due Palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.

Secretos del destino.

Tambien en amor se aciert es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

A Rusia por Valladolid.
Alumbra á este caballero.
A última hora.

Cuarzo, pirita y alcohol.
Casado y soltero.

Diez minutos de reinado.

El amor y el almuerzo.
El Grumete. *(La música.)*
El Trompeta del Archiduque.
El Sonámbulo.
Escenas en Chambèrí.
El Alferez.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Guerra á muerte. *(La música.)*
Gato por liebre.

La Cotorra.
Las bodas de Juanita.
La Dama del Rey. *(La música.)*
Los dos ciegos.
La Zarzuela.
La flor de la Serrania.
La espada del Rey.

Pablito (Segunda parte de Buenas noches, Sr. D. Simon).

Un Caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El Postillon de la Rioja.

La cola del Diablo.
La córte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Amor y misterio.
Amar sin conocer.
Cárlos Broschi.
Catalina.

El sueño de una noche de v
El Dominó azul. *(La música,*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lance luntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La Estrella de Madrid. *(La m*
La Caceria Real. *(La música.)*
La Pasion (drama sacro-líric
Los Comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cuarto principa